

FBI

JAN HUTTON

**DOCTOR
VERSE**



FBI



FR

Título del original, en inglés:
DOCTOR VERSE

© Jan Hutton
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Número de Registro: 4.096-65
Depósito Legal: M. 16.612-1965

Printed in Spain

Rafael F. Carasa. Impresor. Madrid

JAN HUTTON

Doctor Verse

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras publicas de JAN HUTTON en nuestras colecciones:

Colección Extra-Oeste:

Núm. 696.—Cazar una alimaña.

Colección Oeste:

Núm. 142.—El implacable.

» 206.—Hasta el último hombre.

Colección F. B. I.:

Núm. 658.—Una bala por tu vida.

» 686.—Visto para sentencia.

» 732.—Juego de asesinos.

» 717.—Un grito en la noche.

Colección Selecciones del F. B. I.:

Núm. 265.—Acepto el reto.

» 268.—Ajusticien a ese perro.

» 275.—Un G-man y sus fantasmas.

Colección Gangsters:

Núm. 172.—Cogido en sus redes.

» 176.—Horas de angustia.

» 187.—En nombre de la ley.

Colección Patrulla de Combate:

Núm. 102.—Piquete de ejecución.

» 109.—Grupo de Sanidad.

» 114.—Emboscada.

Colección Cornilargo:

Núm. 20.—Forastero en el Oeste.

I

LUCILLE clavó sus pupilas en Adam Verse.

Nunca, desde que se conocieron, le había visto así. Nunca, antes, con aquel aspecto sombrío, con la mueca que ahora curvaba sus labios tensos, casi blancos por la fuerza con que los fruncía.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber.

Adam no la contestó. Acaso ni siquiera la había oído formular la pregunta.

Después de dejar el coche, llevaban unos minutos sobre la arena que parecía gruñir, quejarse bajo sus pies. El mar, encalmado, en marea baja, no llegaba con sus olas suaves hasta ellos.

Los chillidos de una gaviota que planeó hacia el agua, parecieron sacar a Adam Verse de su abstracción mental. Se paró inesperadamente, volvió su rostro hacia la muchacha, dispuesto sin duda a explicar lo que le estaba sucediendo aquella tarde.

Lucille pudo apreciar que en el fondo de sus ojos negros había una luz extraña, un destello de indecisión.

Adam no llegó a decir nada, ni siquiera a mover los labios que permanecieron cerrados.

Sacó la cajetilla y encendió un cigarrillo. Sin ofrecerla como otras veces, como siempre hacía.

Tampoco el tabaco pareció calmar aquel estado que le convertía para Lucille en un hombre casi desconocido.

Tras dos o tres chupadas profundas arrojó el cilindro de papel y tabaco hacia el agua.

Su acto inesperado, tan extraño como su actitud, hizo que Lucille no contestara al principio a la caricia de sus labios cuando volvió a girar hacia ella, la cogió entre sus brazos y la besó con fuerza.

—¿Tú estás conmigo?

Una pregunta que parecía absurda, que carecía de sentido para la muchacha.

Debió darse cuenta de lo que pasaba por la mente femenina, del estupor que se reflejaba en los ojos de Lucille, ya que por segunda vez la estrechó entre sus brazos.

—¿Haga lo que haga, tú sabrás comprenderlo?

Ahora, la pregunta adquiriría un sentido preciso para Lucille.

Intentó retroceder.

—¿Quieres decir, Adam? ¿Es eso lo que intentas hacerme comprender?

—Sí.

Fue ella la que se echó hacia adelante, la que pegó su cuerpo al del hombre, la que le besó con toda la fuerza de su corazón.

—¡Es una locura, Adam! ¡Desiste de una vez!

La negativa, rotunda, partió de Adam Verse en un movimiento de su cabeza, en la expresión de sus pupilas, en la dureza que volvió a curvarla los labios.

—Si hago eso, ¿tú estarás conmigo? —insistió.

La miró como si todo su porvenir brillante dependiera de la contestación que diera la muchacha.

Ella susurró un «sí» apenas perceptible.

—Gracias —dijo tan sólo Adam Verse.

Y de pronto echó a andar hacia el final de la franja de arena, hacia el sitio donde dejaran el coche.

Lucille le vio alejarse sin que ella hiciera un solo movimiento para seguirle. Aunque estaba a punto de hacerlo, de correr detrás de él, de pedirle que volviera atrás en la intención que, estaba segura de ello, marcaría para siempre un nuevo rumbo a la vida del hombre al que amaba.

Adam llegó al coche, montó y lo puso en marcha. Sin volver una sola vez la cabeza. Como si se hubiera olvidado de ella, del mundo entero, absolutamente presa de su extraña pasión científica.

Lucille se dio cuenta de que dejaba de verle netamente cuando las lágrimas enturbiaron sus ojos.

Oyó el ruido del motor al ser acelerado el vehículo; el chirrido de las ruedas al herir la arena mojada.

No la importaba que la hubiera dejado sola; no la importaba

tener que buscar un taxi para regresar a Boston. Se dio cuenta de que acababa de ocurrir algo trascendental, algo que cambiaría sin remedio el rumbo de sus vidas.

Cuando se quitó la humedad del llanto que la impedía ver a Adam, el coche se perdía ya entrando en la carretera, de regreso a la ciudad.

Lentamente, sintiendo que necesitaba llorar, desahogarse, echó ella también a andar en la misma dirección que un minuto antes siguiera Adam.

—Sí, querido —musitó—. Siempre a tu lado, pase lo que pase.

Adam entró en Boston por la estatal 37, bordeó Columbus Park y dirigió su coche, sin frenar en absoluto la velocidad, hacia el centro de la ciudad.

Dos o tres veces había consultado su reloj.

En la esquina del Atlantic Avenue encontró lo que buscaba, un periódico. Lo compró sin salir del coche y sin preocuparse por el cambio que le tendía el vendedor.

El «Sun» traía, en electo, la noticia.

Adam volvió a doblar el diario de la tarde y arrancó.

Media hora después paraba en el suburbio norte de Somerville. Había llegado, en realidad, al término de su viaje. Estacionó el coche en la avenida Final y se dirigió a pie hacia el sitio exacto donde se proponía llegar.

Se trataba de una calleja. Pero no entró en ella todavía. Aún quedaba algo de luz, muy poca, desde luego, pero acaso la suficiente para que pudieran ver su rostro cuando intentara aquello.

Había un bar muy cerca del portal que le interesaba. Entró en él y pidió café. Tuvo tiempo de fumarse dos cigarrillos antes de que llegara la primera oscuridad de la noche.

Pagó la consumición y salió del bar.

Nadie en el portal. Nadie tampoco en la calle, que pudiera curiosear las entradas en aquel edificio de apartamentos. Introdujo unos trozos de goma en su boca, se aplicó el falso bigote y las gafas, de forma que resultara difícil reconocerle después.

Era el tercer piso y no existía ascensor. Subió las viejas y gastadas, quejumbrosas escaleras de madera. Y se paró arriba, en el pasillo en el cual se abrían una serie de puertas iguales y sin ningún número en sus montantes que pudiera identificarlas.

De algún sitio cercano surgió una voz bronca, discutiendo y jurando. Contestó, al instante, la que parecía pertenecer a un chiquillo que intentaba defenderse.

Adam se paró debajo de la única bombilla.

El techo era muy bajo. Alzando ambas manos tocó la bombilla con los dedos sin necesidad de ponerse siquiera de puntillas. La desenroscó, guardándola en su bolsillo.

Ahora, rodeado por la oscuridad, anduvo decididamente hacia una de las puertas.

Nadie contestó al principio a la llamada efectuada por el visitante a base de golpear suavemente la puerta con los nudillos.

Al segundo intento, una voz de mujer gruñó algo dentro del cuarto y Adam pudo escuchar unos pasos que se acercaban a la puerta.

La puerta no tenía mirilla, pero la mujer que habitaba aquel mísero apartamento sí un alto grado de recelo, según demostró con su pregunta:

—¿Quién es? ¿Qué desea?

Una voz cansada, llena de mortal indiferencia.

Adam Verse sabía, sin embargo, que la mujer que tenía ahora esa voz era muy joven y tres meses antes se consideraba plenamente feliz.

—Se trata de algo referente a su esposo, señora.

No fue necesario nada más. La mujer abrió la puerta, sorprendiéndose de encontrarse casi en plena oscuridad. Sólo llegaba hasta ellos, en el umbral del piso, la luz que surgía de la cocina.

Adam se había echado hacia un lado, apenas ella entreabrió la puerta, de forma que pudiera verla perfectamente aunque a contraluz, sin que ella descubriera su rostro. El muro impedía eso.

Adam no la dejó que llegara a desconfiar de él.

—¿Ha leído la prensa de esta tarde? —preguntó antes de que ella pudiera hablar.

—No.

Había vacilado al contestar negativamente, lo que demostraba que se encontraba en una situación embarazosa ante el desconocido que había llamado a su puerta.

Adam comprendió que tenía que obrar rápidamente, si quería

que ella siguiera escuchándole. Sacó el diario que comprara rato antes y se lo entregó abierto por la primera página.

Dijo, explicativamente:

—Han denegado el perdón.

Goldie se llevó la mano a la boca, como intentando reprimir el grito que debía de formarse en su garganta.

Era la última y única esperanza. Si el presidente había denegado el perdón, Dale sería llevado a la silla eléctrica.

Los dedos de la mujer estrujaron el papel que sostenían, al tiempo que giraba sobre sus pies calzados con zapatillas para que la luz de la cocina la permitiera leer la noticia.

El desconocido no la había engañado.

Goldie estuvo a punto de caer, al negarse sus piernas a sostenerla. Se apoyó en la pared, junto a la puerta, y no pudo evitar que un sollozo rompiera en su pecho.

—¡Dale es inocente! —exclamó hablando consigo misma—. ¡Yo sé que es inocente!

—No se trata de eso ahora. El tribunal federal que le ha juzgado le ha declarado culpable. Nada puede ya salvarle.

Cada palabra de Adam Verse pareció herir a la esposa del condenado a muerte. Alzó la cabeza, intentó encontrar la mirada del hombre que había vuelto a retroceder hasta la oscuridad.

Y pareció retarle con una reacción de ira contra el resto del mundo, contra los que condenaban al hombre al que ella amaba.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? ¿Por qué ha venido a torturarme?

Alzaba la voz, sin darse cuenta, completamente excitada por la terrible noticia que acababa de conocer.

Adam la metió en el piso, casi con violencia, empujándola.

—Cállese, por favor. He venido para ayudarla. No haga que los vecinos puedan escucharnos. Es importante lo que tengo que decirle.

Las voces encolerizadas que regañaban al chico volvieron a sonar al otro lado del pasillo.

—Yo puedo salvar a Dale —dijo él acercando su boca al rostro femenino.

Goldie se quedó como paralizada, sin saber qué hacer, qué decir ante aquellas palabras que debía de juzgar irreales.

—¿Usted desea que su esposo viva? —insistió Verse.

Una pregunta tan absurda para Goldie como la escena que estaba viviendo con aquel desconocido.

No contestó a ella. No podía contestar.

El condenado a muerte, el hombre que iba a morir siendo inocente, era su esposo. Le habían llevado a la prisión cuatro semanas escasas después de que se casaran. ¿Cómo no iba a amarle?

—Conteste. ¿Quiere que viva?

—Sí.

—Yo puedo salvarle, si sigue mis instrucciones.

Intentó descubrir la expresión que matizaba entonces el rostro femenino. Sólo vio el brillo que animaba las pupilas de aquella mujer.

—Dele esto. Usted puede verle mañana mismo. Dele esto y que lo tome. Nada más. Del resto me encargo yo.

La puso algo entre las manos. Un sobrecito diminuto.

—¿Lo hará?

Ella siguió sin comprender y sin contestar. Pero su silencio era afirmativo.

Adam Verse le dio las instrucciones completas que tanto ella como Dale Margo debían seguir.

La empujó hacia dentro, sin más explicaciones. Y cerró la puerta cuando estuvo nuevamente dentro del piso.

No esperó. No al menos allí, delante del piso donde vivía la mujer de Dale Margo. Recorrió el pasillo acompañado siempre por la disputa que seguían sosteniendo en otro de los apartamentos y se paró al final, junto a la escalera.

Adam Verse se quitó el sudor que perlaba su frente.

Esperó en silencio durante varios minutos, hasta cerciorarse de que nadie abría o cerraba cualquier puerta de aquel pasillo.

Debido a la disputa, ahora al fin acabada, estaba casi seguro de que nadie pudo espiarles mientras hablaban.

Bajó la escalera con rapidez, aunque procurando no hacer ruido. Al llegar a la calle respiró aliviado.

Estaba también seguro de que la mujer seguiría sus instrucciones. No podía ser de otra forma. Se trataba de un condenado a muerte, de un ser por tanto desesperado y cuya última esperanza acababa de fallar.

Buscó el coche y condujo hacia su propio domicilio. Cuando llegó, lo primero que hizo fue abrir una botella de licor y tomar un gran trago de *whisky*. Lo estaba necesitando.

Luego, se dejó caer en una de las butacas de su despacho. Acababa de dar el paso más trascendental de toda su vida.

El doctor Mufflin estaba leyendo cuando sonó el teléfono. Sin dejar el libro, alargó la otra mano hacia el aparato.

—«Allo», Mufflin al habla.

—Soy Adam Verse, Mufflin.

—¡Hombre, a estas horas! No me digas que estás trabajando.

—Bueno, de algo referente a eso quería hablarte.

—Adelante. Sabes perfectamente que puedes contar conmigo. Si se trata de alguna de esas operaciones que te hicieron famoso, espero poder al menos serte útil en la limpieza del instrumental. Cada vez que me llamas, me pregunto qué cuándo te vas a dar cuenta, tú que eres famoso, de que yo soy poco más que una nulidad en nuestra profesión.

Al otro lado del hilo sonó una breve carcajada de Adam Verse.

—Se trata de tu ayuda, en efecto —dijo a continuación Adam—. Pero no para una operación esta vez. Verás, Mufflin, creo que estoy enfermo.

—¡¿Qué dices?! ¿Enfermo tú? ¡Vamos, hombre, deja tranquilo el *whisky* a estas horas! Son las nueve y media de la noche, hora de ponerse a cenar y no de emprenderla con los licores.

—En serio, Mufflin; me encuentro terriblemente cansado. He consultado con un colega, un psiquiatra, y ha dictaminado depresión nerviosa, aguda. Reposo. Debo tomarme unas vacaciones.

Mufflin tiró el libro sobre el asiento de otra butaca, recogió el cigarrillo que estaba fumando cuando sonó el teléfono y dijo, tras una chupada:

—Adam, vete tomando las medidas para una caja de pino. Si a tus cuarenta años estás semi agotado, vete pensando en lo peor. ¿Qué tal si te divertieras un poco, dejando de lado tu impresionante fama? Seguro que eso te curaba la depresión.

—No se trata de una broma. Me siento realmente cansado y he pensado que, en efecto, necesito unas semanas de descanso. Creo que tú eres la persona idónea para llevar mi consulta privada

durante ese tiempo.

—Bueno, Adam. Mi opinión es que eres demasiado osado, o demasiado loco, si crees que yo puedo sustituirte durante varias semanas.

—No seas modesto, Mufflin. Te espero mañana, a cualquier hora de consulta. Charlaremos ampliamente de las condiciones. Conste que te pido un favor.

—De acuerdo, Adam. Cuando regreses de tus vacaciones seré yo el que necesite ese descanso, suponiendo que tu clientela selecta no haya decidido acabar conmigo por cualquier método expeditivo.

—De acuerdo entonces. Te espero mañana.

—Siempre te sales con la tuya, Adam. Me gustaría poder decirte que no.

Adam Verse colgó el aparato. Y el doctor Mufflin volvió a enfrascarse en la lectura.

II

LA sirena de la ambulancia comenzó a ulular apenas se puso en marcha, a la puerta misma de la prisión.

Adam Verse, todavía con su bata blanca, apremió una vez más al conductor.

—Dese toda la prisa posible. Tenemos los minutos contados para poder operar a ese hombre.

Señaló hacia atrás al decirlo, a Dale Margo, que iba tendido en la camilla, aparentemente muerto.

El conductor había apretado ya al máximo el acelerador, por lo que hizo un gesto explicativo con el cual quería decir que no podía obtener más velocidad al vehículo.

Para él, pese a que cumplía con su deber, resultaba del todo inútil aquel alarde de rapidez tratándose de un hombre condenado a muerte. Lo mismo era, en su concepto, que dejaran morir entonces al preso o que le llevaran unas semanas después a la silla eléctrica.

Estaba atardeciendo, por lo que encendió los dos focos de carretera. El tráfico, muy denso, hacia la ciudad de Boston, dificultaba la marcha.

Pasaron ante el sanatorio de la Christian Science y estaban llegando a Brookline Reservoir cuando se produjo lo que Adam Verse estaba esperando.

Algo demasiado inesperado para que el hombre del volante fuera capaz de reaccionar con la suficiente energía que el caso requirió sin duda.

Fue él quien sintió que algo duro y metálico se apoyaba en su nuca.

—¡Quietos los dos!

La voz de Dale Margo estaba matizada por una frialdad amenazadora.

Repitió, antes casi de que el chófer se diera cuenta de lo que aquella amenaza significaba:

—¡Pare la sirena! ¡Acerque el coche a la cuneta y apague los faros!

Eran órdenes, no sugerencias. El conductor comprendió que el hombre al que habían creído moribundo acababa de recobrarse y tenía en su poder un arma de fuego.

Obedeció frenando poco a poco, ya que a la velocidad que marchaban hubiera sido peligroso hacerlo de otra forma. Y llevó el coche hacia la cuneta derecha, según le ordenaba Dale Margo.

En el momento mismo en que la ambulancia se inmovilizaba, ya apagados también los focos, el arma que empuñaba el preso cayó pesadamente sobre la cabeza del conductor.

—¡No se mueva, doctor! No vacilaré en destrozarle el cráneo al menor intento contra mí.

Adam Verse, el hombre que había preparado la fuga del preso, giró muy lentamente la cabeza hacia él, hasta que pudo ver la expresión de Dale.

—¿Qué se propone, Margo? —inquirió sin alteración en la voz—. Todo lo que haga para escapar será inútil. Y usted lo sabe.

—No se meta en mis cosas, doc. Haga solamente lo que le indique si no lo quiere pasar mal.

El tubo de hierro que empuñaba Dale Margo, posible de confundir con un arma si no se veía, no temblaba en su mano que lo empuñaba fuertemente.

—Quítese su propio cinturón y el del chófer. Deme los dos. ¡Rápido!

Adam Verse comenzó también a obedecer. Tenía que seguir el juego del preso a toda costa.

—¿Intentará luchar si le ato? —preguntó Margo.

La contestación de Adam Verse fue indirecta:

—Me estoy preguntando por qué motivo no me has dejado a mí también sin sentido.

—Usted es el doctor de la prisión y los presos le queremos. A eso se reduce todo. Mientras usted no se empeñe en darme guerra, no le golpearé. Pero tenga en cuenta que tampoco vacilaré en hacerlo si

me da ocasión de ello.

—De acuerdo. Toma las correas.

No era suficiente para maniatar al doctor. Margo lo comprendió así. Por allí, en cualquier sitio debía de haber alambres o alguna cuerda. Se decidió, no obstante, por la ropa de la camilla, haciendo tiras una de las sábanas.

—Déjese atar ahora.

De pronto, los focos de un coche que avanzaba hacia donde se parara la ambulancia les dieron de lleno durante unos segundos.

Dale Margo se agachó, acaso instintivamente.

Cuando la luz pasó y volvió a rodearles la oscuridad de la noche, parecía bastante nervioso.

Gritó casi:

—¡Póngase al volante! Poco más allá hay una desviación de tercer orden. Meta por ella el coche.

Verse cambió de sitio según le ordenaba el preso. Lo último que se le ocurriría era precisamente desobedecer. Todo su plan, su detallado plan de acción que estaba ya desarrollándose, dependía de que las cosas siguieran ahora el curso previsto.

Ante ellos apareció dos minutos después un cruce de carreteras. A la derecha la estatal
9 A.

A la izquierda una secundaria que llevaba a Heath.

—Tuerza ahora —señaló el preso la secundaria—. Frene —volvió a ordenar cuando hubieron recorrido apenas dos o tres centenares de yardas por la nueva ruta, completamente solitaria.

—Ahora le ataré, doctor. Le repito que será mejor para los dos que no intente impedirlo. Si hace eso, me obligará a golpearle.

No había sitio suficiente dentro del coche para efectuar la maniobra que pretendía Dale Margo.

—Salga —dijo.

Le ató fuera de la ambulancia, sin demasiada fuerza.

Cuando le volvió a meter en el vehículo, añadió:

—Seguramente no le encontrarán hasta que sea de día. Para entonces, yo estaré lejos.

Adam Verse le vio desaparecer en la oscuridad, sin que el que acababa de convertirse en fugitivo volviera una sola vez la cabeza hacia la ambulancia.

Dale Margo conocía perfectamente aquella región para saber orientarse pese a la negrura de la noche.

Pronto abandonó la línea de la carretera secundaria, lanzándose campo a través.

En realidad no tenía ninguna prisa que pudiera ser explicada respecto a sus posibilidades de escapar a la persecución a que iba a ser sometido dentro de pocas horas. Cuando los de la prisión supieran que había escapado, estaría en un sitio completamente seguro, al menos por el momento.

Se trataba de otras cosas, de otra. Se trataba de su esposa.

Un mes apenas de casados, hasta el momento en que fue detenido, no era tiempo suficiente para que Dale Margo hubiera saciado su sed de aquella mujer a la que amaba.

Y ahora ella le estaba esperando.

Tenía que explicarle cómo pudo llegar a conseguir un plan de la perfección de aquel que le acababa de permitir fugarse de la Ley cuando faltaban unos cuantos días para ser ejecutado en la silla eléctrica.

Pero eso sería después. Primero estaba el amor que les había unido, que les seguía uniendo pese a todo lo ocurrido, pese a que él se había convertido en un asesino y en un sentenciado a muerte.

Goldie tendría también, con toda seguridad, un plan para abandonar el país. Era lo que le había insinuado durante el breve diálogo que sostuvieron dentro de la prisión, sin que les fuera posible hablar con mayor claridad debido al agente que les vigilaba desde pocos metros.

Llevaba poco más de media hora de camino, a través del campo, sin desorientarse respecto a su posición, cuando divisó la granja donde Goldie le estaba esperando.

Parecía, en efecto, abandonada, sin que una sola luz surgiera de su interior.

Dale la rodeó con toda clase de precauciones.

Estaba casi seguro de no equivocarse, pero quería una seguridad del cien por cien.

No pedía ahora permitirse un solo fallo, por pequeño que fuera.

Si llamaba, confundiéndose, a cualquier granja que no fuera la indicada, las personas que le vieran a aquellas horas le identificarían al día siguiente en cuanto la emisora local contara lo

ocurrido y le señalara como fugitivo. En aquellas últimas semanas se hizo, además, demasiado famoso para que la gente no le reconociera con cierta facilidad.

Al otro lado del sitio por el que llegaba descubrió el prado del que le hablara Goldie. Y muy cerca un cobertizo, sin duda lo que usaban como hangar para ocultar la avioneta en la que ellos dos, su esposa Goldie y él, intentarían partir lejos de aquel Estado.

Perfecto, pues. No se había equivocado.

Volvió a dar la vuelta a las dependencias de la granja y se acercó a la puerta.

Supo que le estaban esperando y que posiblemente le habían visto acercarse al lugar, cuando la puerta fue abierta sin que él llegara a llamar.

Un desconocido, del que apenas si pudo ver las facciones a la débil luz de la luna.

—Pase.

Dale no tenía ningún motivo para desconfiar de aquel hombre. Desde el momento en que aceptó el plan de Goldie estaba seguro de que ella sola no podía llevarlo a cabo. Era lógico que hubiera otras personas, varias personas, metidas en el asunto de su fuga.

—¿Dónde está ella? —inquirió.

El que había abierto la puerta señaló hacia su propia espalda, hacia el interior de la casa, sumida también en las tinieblas.

—Pase hacia el fondo —dijo después de señalar con la mano—. Y procure no romperse la cabeza tropezando con cualquier cosa. Ella está esperándole.

Dale oyó cómo el otro cerraba la puerta y sus pasos, detrás de él, cuando se dirigió hacia donde le acababa de indicar.

Inesperadamente dieron la luz.

—Ahora ya podemos encender —dijo la voz del desconocido a su espalda.

Delante de Dale no había ninguna puerta que indicara la posible habitación donde se hallara Goldie esperándole.

Se volvió para interrogar nuevamente al que le recibiera.

Algo cambió ahora allí. Algo que para Dale Margo carecía por completo de sentido.

El desconocido le apuntaba con un arma de fuego, una automática.

—¿Qué significa?

La respuesta fue que la mano que sostenía el arma pareció crisparse en torno a la culata.

—Vuélvase —ordenó aquel hombre.

Dale Margo no tuvo tiempo para pensar nada. La culata del arma cayó sobre su cabeza, sin demasiada fuerza, pero sí con la suficiente para que el fugitivo se desplomara sin sentido.

Otro hombre surgió entonces ante él.

—Dale la vuelta —ordenó al primero de ellos—. Conviene que nos cercioremos de que no va a darse cuenta del sitio al que le llevamos.

El que le golpeara se arrodilló ante su cuerpo inmóvil, le levantó uno de los párpados y dijo:

—Podemos estar seguros.

—No perdamos tiempo entonces.

Le cogieron entre los dos, uno de los pies y el otro por los sobacos, para llevarle hacia la puerta que el fugitivo franqueara menos de un minuto antes.

Cuando salieron, uno volvió a decir:

—Trae tú el coche. Y echa un vistazo por si acaso.

—Ha llegado solo; no te preocupes.

—De acuerdo. Trae, pues, el coche.

Tardó menos de cinco minutos en aparecer el que había ido por el vehículo, trayendo éste.

Todo parecía estar preparado para recibir a Dale Margo. Todo perfectamente preparado.

Le introdujeron en la parte trasera, en el maletero, cerrando después éste con llave. Y los dos hombres montaron en la parte delantera.

—Habrà que volver después a cerciorarnos de que quitamos todas las huellas de lo ocurrido.

Fue lo último que hablaron, antes de que el coche arrancara dirigiéndose dando tumbos hacia el camino que pasaba por la granja y llevaba a cualquier carretera secundaria.

El destino de Dale Margo parecía definitivamente marcado.

III

LO siento, señor; tendrá usted que esperar.

La secretaria regaló al visitante la mejor de sus sonrisas. Bien es verdad que aquel hombre merecía esa sonrisa y cualquier cosa que tuviera la ocurrencia de desear.

Paul Rogers no estaba, al parecer, muy dispuesto a perder una hora en aquella antesala de la clínica privada del doctor Verse. Se inclinó hacia la rubia de las piernas adorables y sonrió también, al tiempo que añadía:

—Diga al doctor que pertenezco al

F. B. I.,

y que deseo verle para un asunto oficial.

Los ojos de la chica demostraron que el interés hacia el visitante creció con aquellas palabras, añadidas a un simple nombre que dio el joven momentos antes.

Una rápida, discreta mirada abarcó a Paul Rogers admirativamente.

No era su altura, más que mediana; no eran sus hombros anchos y su cintura estrecha, de atleta; ni su rostro perfecto y curtido por el sol y el aire libre. Era algo que había en el conjunto de su persona y que impresionó a la secretaria del doctor Verse apenas el agente especial se presentó ante ella.

—En ese caso —dijo casi divertida—, no tengo más remedio que anunciarle a usted inmediatamente.

Se levantó de detrás de la mesa para anunciar al agente del

F. B. I.,

teniendo que pesar a su lado, casi pegada a él.

Había casi pasado ya, dándole prácticamente la espalda, cuando sintió que los dedos del hombre se posaban en uno de sus brazos.

La muchacha giró sobre sus altos tacones, curvados los labios en una pregunta que no llegó a formular.

—Se me olvidaba otra cosa. ¡De tipo persona!

Ella pestañeó varias veces, como si volviera a sorprenderse de encontrar un hombre como aquél en su camino rutinario de cada día.

—Una tarde de éstas estaré libre de trabajo —dijo Paul, afianzando su postura con una nueva, irresistible sonrisa de seguridad.

—¿Me está invitando a que salgamos esa tarde?

—¿Usted qué opina? Yo diría que sí.

—¿Y si no aceptara?

Paul acarició suave, apenas perceptiblemente, el brazo que todavía no había soltado.

—Creería que el cuerpo de enfermeras está perdiendo la ocasión de pasar un rato agradable con un hombre agradable.

—¿Y si le dijera que sí?

—La llamaría por teléfono en cuanto tuviese esa tarde libre.

La muchacha desprendió su brazo y anduvo nuevamente hacia la cercana puerta de cristal granizado que debía dar paso al despacho privado de Adam Verse.

Se paró de pronto, para decir, mirándole con simpatía:

—Espero esa llamada. Y, por favor, no me defraude. Tengo un alto concepto de los agentes federales.

—¡Qué poco nos conoce! —se admiró Paul.

La chica desapareció tras la puerta de vidrio, demostrando que se sentía halagada. Su contoneo, sin haberse vuelto exagerado, era mucho más marcado ahora.

Volvió a salir medio minuto después, sin la tarjeta que la entregara el agente especial.

—Puede usted pasar —dijo—. El doctor Verse le recibirá inmediatamente.

Esta vez, Paul Rogers se tomó un pequeño avance en sus apenas iniciadas relaciones con la enfermera. La cogió la barbilla y dijo, clavando en ella su mirada:

—Gracias.

El doctor Verse se levantó para estrechar la mano del joven agente.

—¿Viene por causa de esa desgraciada fuga? —preguntó antes de que Paul Rogers pudiera abrir la boca.

—En efecto.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere fumar?

Ofrecía una caja abierta al policía, llena de cigarrillos, de los cuales Paul cogió uno.

—En realidad —dijo—, tenemos su declaración hecha esta misma mañana cuando le encontraron maniatado en la ambulancia. Mi visita obedece a eso precisamente; pero digamos que aún intento aclarar todavía más las cosas.

Mientras miraba al agente especial, un doctor Verse perfectamente dueño de sus nervios y de sus reacciones, encendió también un cigarrillo.

—Estoy a su completa disposición. ¿Me permite una pregunta?

—Claro que sí. ¿De qué se trata?

—¿Cuál es el interés del

F. B. I.,

en este caso concreto? Reconozco que me ha sorprendido la enfermera al decirme que un agente especial intentaba verme para el caso de la fuga de Dale Margo.

—Fue el

F. B. I.,

quien descubrió el delito de Margo y quien le llevó a prisión. En aquellos momentos, lo que había hecho ese hombre correspondía a delitos federales. Naturalmente, es a nosotros a quienes corresponde ahora volver a capturarlo.

—Bien —abrió sus dos manos el doctor, señalando a Paul Rogers—. ¿De qué se trata concretamente?

—Seré sincero con usted. Hay un dato que a nosotros nos parece sumamente curioso.

—¿Qué dato?

—Usted está considerado una eminencia médica del país. ¿Cómo es entonces posible que una persona pueda simular un ataque casi mortal hasta el extremo de engañarle?

Adam Verse no se inmutó ante lo que podía acaso considerarse una sospecha que hubiera tomado cuerpo entre los hombres del

F. B. I.

Tenía, de antemano, preparada la respuesta para ese punto que,

estaba seguro desde el primer momento, no dejaría de producirse.

—Existe una evidente confusión entre el público respecto a las posibilidades con que contamos los médicos —dijo—. Yo soy especialista del cerebro y, según usted mismo acaba de apuntar, famoso en todo el país, lo cual no quiere decir que sea un buen doctor de medicina general.

Paul Rogers no contestó.

—¿Comprende lo que pretendo decirle? —insistió Verse.

—Bien, debo confesar que sólo a medias.

—Es costumbre entre los médicos de cierto nombre prestar parte de su tiempo a instituciones oficiales y de investigación. Digamos que mi nombramiento como médico de la prisión a la cual pertenecía ese hombre. Dale Margo, se debe precisamente a eso. Yo no gano siquiera para pagarme los desplazamientos diarios con mi puesto en la prisión, pero cumplo con un deber de ciudadano. Por otra parte, los casos que se me han presentado hasta ahora no revestían las particularidades de éste que ha motivado la fuga de Margo.

—¿Quiere decir que no está realmente capacitado para su trabajo en la prisión?

Adam sonrió lleno de humildad, pese a que en su especialidad estaba considerado una eminencia.

—Algo por el estilo, agente —confesó—. Conozco la medicina general hasta cierto punto, pero no soy un especialista de ella. Posiblemente cualquier médico corriente hubiera advertido que el ataque cardíaco que sufría Dale Margo era provocado intencionadamente.

El rostro del agente especial se había puesto súbitamente tenso.

—Eso quiere decir, doctor, que la persona o personas que planearon la fuga conocían sus limitaciones a ese respecto y contaban con ellas para liberar a Margo. Un dato muy importante.

Se levantó, aplastando el cigarrillo contra el fondo del cenicero.

Adam Verse se incorporó, imitándole.

—Creo que por el momento es suficiente. Debo reconocer, doctor Verse, que esta entrevista ha resultado muy útil. Parece centrar las posteriores investigaciones que iniciemos.

—Bien, ya sabe que me tiene a su completa disposición para cualquier otra cosa que se les ocurra. Una pregunta, si me es

permitido —dijo Adam Verse.

—Hágala.

—¿Darán ustedes publicidad en la prensa a mis declaraciones? Naturalmente, eso podría acaso perjudicarme entre mi clientela particular.

—No se preocupa en absoluto. Nadie tiene por qué conocer lo que hemos hablado nosotros dos en este despacho.

Acompañado por Verse, el agente especial se dirigió hacia la puerta.

—Hay algo que quisiera preguntarle todavía —dijo aún—. Nos hemos enterado de que ha solicitado usted un permiso especial.

—Sí, en efecto. La verdad es que he trabajado demasiado últimamente y me encuentro cansado. ¿Hay algún inconveniente por parte de la Ley a que tome mis vacaciones?

Paul Rogers sonrió amistosamente.

—Ninguno, desde luego. Pero sería tal vez conveniente que retrasara una semana su partida. Acaso nos sea preciso interrogarle nuevamente.

Verse pareció conformarse.

—Bien, supongo que no tengo otro remedio que hacer caso de su sugerencia. Había llegado a ilusionarme con partir mañana precisamente.

—Siento.

—Oh, no se preocupe. Comprendo su punto de vista. Partiré el lunes próximo. ¿Le parece bien esa fecha?

—Sí, desde luego. En todo caso, si existiera cualquier nuevo impedimento, trataríamos de comunicárselo con tiempo.

Una arruga había aparecido en la frente de Verse ante las últimas palabras del agente especial.

Se estrecharon la mano y Paul Rogers salió del despacho. Nadie hubiera sabido deducir, por su expresión inmutable, la opinión que acababa de formar del famoso doctor Verse.

Adam retrocedió hasta una butaca, se dejó caer en ella y respiró hondo. Aunque supo mantener en todo momento una máscara de indiferencia, la verdad era que había pasado un mal rato.

Encendió un cigarrillo y sus dedos temblaban al sostener el mechero de gas.

Había contado con que la Ley le haría la pregunta formulada por

Paul Rogers. Pero no con el pensamiento de un agente especial según el cual las personas que facilitaron la fuga de Margo tenían que conocerle bastante para haber planeado de esa forma los hechos.

Era algo que acaso llegara a perjudicarlo debido a que ahora podía tener casi la seguridad de que el

F. B. I.,

no se hallaría muy lejos de él mismo y de sus actividades en las próximas semanas.

La Ley había demostrado, por ese simple detalle, ser más lista de lo que él mismo calculó. Y eso podía crearle embarazosas complicaciones.

IV

GOLDIE volvió en varias ocasiones la cabeza y le vio siempre pegado a sus pasos. Un hombre, un policía, sin duda, que estaba intentando conocer cada movimiento que ella diera.

Compró la última edición de uno de los diarios vespertinos y se encaminó derecha a casa. Estaba terriblemente cansada y demasiado descorazonada para que intentara siquiera dar esquinazo al que la vigilaba desde hacía varias horas.

Cuando llegó arriba, sólo se preocupó de tirar los zapatos a un rincón y dejarse caer en cualquier silla.

Fue entonces cuando el timbre de la puerta la sobresaltó con su sonido inesperado y agudo.

De buena gana no hubiera contestado a la llamada. No se sentía con ánimos para atender a más periodistas. Si precisamente había salido aquella tarde fue debido a que quiso librarse de ellos.

El timbre siguió sonando.

Con los pies descalzos, Goldie acudió a la puerta.

Al otro lado, cuando la abrió, un hombre joven, un nuevo desconocido ante ella.

Pensando que se trataba de un reportero, de un curioso más de los que la estaban asediando desde hacía más de cuarenta y ocho horas, Goldie intentó cerrar la puerta sin preguntarle siquiera quién era o qué deseaba.

Paul Rogers adivinó las intenciones de la mujer y presionó sobre la hoja de madera en dirección contraria a la que lo estaba haciendo ella.

Luego, entró decididamente.

—dijo, presentándose—. Siento tener que molestarla.

Goldie abatió los brazos en un gesto de infinito cansancio.

—Siéntese si lo desea —dijo apagadamente—. Y sea lo más breve posible. Se lo ruego.

La luz de la tarde entraba todavía en el modesto piso, permitiendo al agente especial echar una rápida ojeada en torno.

Miró a la esposa del fugitivo con un detenimiento que a ella podía resultarla molesto. Pero Goldie no dijo nada, no protestó por aquella observación de que estaba siendo objeto.

Había vuelto a sentarse y sacó de su bolsillo una cajetilla, encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué sabe usted de su esposo? —preguntó Rogers.

La mujer se encogió de hombros.

Pero su respuesta no consistió en eso solamente.

Pareció reaccionar de pronto, encarándose con Paul Rogers.

Casi gritó:

—¡¿Qué quiere que sepa?! ¡Sé lo que todos, lo que usted y cualquier habitante de la ciudad! Le iban a llevar a la silla eléctrica y logró fugarse. ¿Hubiera usted hecho otra cosa?

Paul se acercó a ella, se inclinó hasta que su rostro estuvo muy cerca del de Goldie.

—No me refiero a eso. No he venido aquí para discutir la cuestión moral de su fuga. Tampoco me importa si tenía el derecho humano de escapar a la muerte burlando la Ley que le condenó.

—¿Qué es lo que pretende entonces? Si supiera algo de Dale no iba a decírselo.

La pregunta que realizó entonces el agente especial hizo que Goldie abriera los ojos debido a la sorpresa:

—¿Qué sabe del doctor Adam Verse?

—Nada. No sé siquiera quién es esa persona. Oigo su nombre por primera vez.

—Se trata del médico de la prisión, del que ordenó que su esposo fuera trasladado con urgencia a una clínica de Boston para ser intervenido quirúrgicamente con la máxima urgencia.

—¿Tiene eso algo que ver con Dale?

—Nada que yo sepa al menos. Se trata de una mera pregunta circunstancial.

Goldie volvió a encender un nuevo cigarrillo, con lo que

demostraba su nerviosismo. Y el detalle no pasó inadvertido al agente especial.

—Su esposo no pudo escapar debido a su propio ingenio. El F. B. I., ha llegado a la conclusión de que ha existido ayuda desde el exterior que ha sido decisiva en su fuga.

Por segunda vez en aquellos pocos minutos, la mirada de Paul se clavó en las pupilas de la mujer.

—¿Por qué no me dice la verdad? —inquirió, sin dejar de mirarla de esa manera.

—Dale ha escapado a la silla eléctrica —contestó ella—, y ha hecho bien. Posiblemente usted hubiera obrado igual. ¿Qué importa lo que pueda ocurrir después? Era inocente, yo sé que era inocente, y que tenía derecho a vivir. Si algún día acude a mí para que le ayude, lo haré con todo mi corazón sin importarme lo que ustedes puedan pensar.

—¿Le quiere todavía?

La voz de Paul Rogers había perdido todo su profesionalismo cuando formuló la pregunta.

Goldie alzó hacia él sus ojos.

—Llevábamos un mes escaso casados cuando se produjo su detención. Y éramos inmensamente felices.

El agente especial señaló lo que les rodeaba, un cuarto descuidado, sin limpieza, sin orden.

—Es usted demasiado joven para hundirse en el dolor de una vida desastrosa —afirmó.

Hubo un momento en que Paul Rogers creyó que ella se iba a levantar de la silla que ocupaba debido a su indignación.

No lo hizo, sin embargo, acaso porque se encontraba demasiado abatida, demasiado golpeada ya por el destino.

Y él insistió:

—No ate su vida a la de un condenado a muerte. Dale Margo no tiene derecho a exigirle eso. Él es un asesino, no lo olvide.

Esta vez, sí se levantó Goldie, con el rostro encendido como si acabara de ser abofeteada.

—¡Váyase! —exclamó ahogadamente—. Ni usted ni nadie tienen derecho a inmiscuirse en mi vida privada. ¡Váyase!

Paul negó con un movimiento de cabeza.

—Como ser humano tengo derecho a hablar a otro ser humano. Aunque le cause un dolor, aunque sea casi brutal con él. No la hablo ahora como agente especial del

F. B. I.,

sino como un hombre cualquiera. Dale Margo no tiene derecho de unirle a su vida siendo ya un criminal.

La mano de Goldie se alzó súbitamente, se estrelló un segundo después contra el rostro del policía.

Goldie retrocedió, dándose cuenta de lo que acababa de hacer.

La reacción de Paul Rogers debió de sorprenderla.

—Tiene derecho a hacerlo —dijo, sonriendo—. Yo fui el culpable. Perdona.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió sin volver la cabeza hacia ella.

Pero no se alejó por el pasillo. Permaneció pegado a la madera una vez que hubo cerrado la puerta.

Y volvió a sonreír cuando escuchó los sollozos incontenibles que estremecían a la esposa de Dale Margo.

Abajo, enfrente del portal, se hallaba el agente que estaba siguiendo a Goldie.

Paul se dirigió hacia él.

—Déjala suelta —dijo—. Desde este momento, esa mujer es cosa mía en exclusiva. Yo me encargaré de su vigilancia de una forma indirecta.

El agente especial que recibía la orden no dijo nada. El que llevaba aquel caso era Paul Rogers y éste había demostrado en varias ocasiones que dominaba a la perfección su trabajo.

Las palabras del agente especial hicieron un evidente efecto en el ánimo del Goldie. Durante gran parte de la noche estuvo pensando en la entrevista y diciéndose que lo que motivó el que ella abofeteara al policía se lo había dicho ella misma varias veces durante el tiempo que duró el proceso de Dale.

Él no debía de haberse casado con ella siendo como ya era un hombre al que la Ley estaba buscando por un asesinato.

Sin embargo, le amaba. Se dijo una y diez veces que tenía que existir una explicación a la actitud de Dale. Algo que justificara el que la hubiera hecho su esposa cuando ya pesaba sobre él la culpa de un delito de sangre.

Goldie pasó la mañana siguiente sumida en un caos de confusiones mentales.

Estaba, además, el hecho de que Dale no acudiera al sitio donde ella le estaba esperando.

Un pensamiento la llevó a otro. Acaso más torturante que el primero.

¿Quién era el hombre que había preparado con éxito evidente la fuga de Dale?

Ni siquiera se había preocupado por identificarlo. Ni siquiera fue capaz de darse cuenta, las tres veces que tuvo que entrevistarse con él, que aquel hombre permanecía siempre en la oscuridad obligándola a ella a estar en la luz, de forma que no pudiera verle las facciones.

Eran cerca de los doce del mediodía cuando Goldie comprendió que acabaría enloqueciendo si continuaba entre aquellas cuatro paredes sucias, dándole vueltas a cosas cuya respuesta no estaba a su alcance.

No se preocupó demasiado por su aspecto exterior, limitándose a pasar una toalla por su cara. Sin pintarse siquiera cogió el bolso, se puso el primer vestido que halló a mano y salió del apartamento.

No sabía a dónde pensaba ir, no tenía el menor objetivo concreto su salida. Se trataba de alejarse, al menos durante una o dos horas, de aquel ambiente que la obligaba a pensar siempre en lo mismo, a torturarse continuamente.

Bajó la escalera distraídamente y llegó al portal en pocos minutos.

El fuerte sol de la mañana casi la cegó momentáneamente. Dentro de su piso no había esa fuerte luz exterior debido a que ella no se cuidó de abrir las ventanas aquella mañana.

Salió del portal dispuesta a andar hasta el cansancio, si era necesario hasta el agotamiento físico, siempre que éste la ayudara a evadirse de la amarga realidad que se había comenzado a alzar ante ella.

No había dado más que unos pocos pasos por la acera cuando le vio.

Sintió algo muy extraño, algo que podía ser cólera, o simplemente sorpresa.

Paul Rogers abrió ya la portezuela de su coche, con una sonrisa

en los labios.

—Entre, ¿quiere?

Debió darse cuenta de que ella iba a retroceder nuevamente hacia el portal, por lo que salió del vehículo para coger con suavidad su brazo.

—¿Tanto me odia? —bromeó el agente especial—. Podíamos dar un paseo.

No supo por qué lo hizo, por qué aceptó la invitación dejándose meter en el coche. Su naturaleza femenina surgió en ella cuando Paul cerraba la portezuela después de haberse reintegrado al asiento del volante.

—Estoy tan... tan...

No acertó a encontrar la expresión que definiera el hecho de que salía de casa sin arreglar.

Paul volvió hacia ella la cabeza, al tiempo de arrancar.

—Hágase a la idea desagradable que estoy en plan de trabajo. Ni siquiera me había fijado en el detalle de que iba sin pintar.

Goldie compuso un gesto de desagrado.

—No se preocupe. La prometo que la escena de ayer no se repetirá entre nosotros. Fui demasiado brusco y lo reconozco.

—Gracias —dijo ella.

—¿Dónde quiere que vayamos? —preguntó Paul.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Puedo invitarla a comer?

Antes de que ella contestara, molestándose acaso nuevamente, Paul añadió:

—Un vulgar cambio de impresiones entre usted y yo, Goldie.

—Bien, si es así.

V

ADAM se frotó las manos como si, después de habérselas lavado concienzuda, minuciosamente, todavía quisiera desprenderse de las partículas que hubieran quedado adheridas a su piel.

Acababa de entrar en el «*living*», todavía con la bata blanca y el gorro de operador.

Se acercó a la ventana, olvidado acaso de la presencia de la mujer, y contempló el paisaje agreste que se divisaba desde allí.

Lucille le miró con impaciencia, dándose cuenta del momento trascendental que acababa de vivir Adam. Se acercó por detrás, sin ruido, al tiempo que Adam se volvía hacia ella.

Una pregunta estaba patente en las pupilas femeninas, acaso una pregunta que los labios de Lucille no osaban formular.

—Todo ha sido perfecto —dijo él, hablando por primera vez desde que entrara en la pieza.

Sin necesidad de mayores explicaciones, Lucille supo comprender a qué se refería.

—Te he preparado café —dijo.

—Gracias; sírvemelo. Y también una copa de coñac. Necesito las dos cosas.

Lucille le besó, rozando apenas sus labios, antes de acudir a la cocina en busca del café.

Adam Verse tomó asiento en una de las butacas del «*living*» y encendió su pipa.

Había sido un trabajo agotador, pese a que apenas si duró un par de horas escasas. Agotador no en sí por el trabajo, sino por su significado, por su responsabilidad humana.

Con las primeras bocanadas de humo, profundas, se preguntó a sí mismo si se encontraba satisfecho.

Movió la cabeza a ambos lados, de una forma que era habitual en él cuando estaba concentrado en una idea, y se dijo que sí, que se alegraba de haber dado aquel paso trascendental.

Oyó ahora el taconeo de la muchacha, viniendo de la cocina, por lo que volvió hacia ella la cabeza, para sonreírle cuando entraba con una bandeja.

Se sentó a su lado y le sirvió el café y un vaso de licor en el que flotaban dos trocitos de hielo.

—¿Tú no bebes una taza? —se extrañó Adam, sabiendo lo que a ella le gustaba el café.

Sólo entonces, al mirarla nuevamente, se dio cuenta de que algo cambiaba la expresión normal de Lucille.

—¿Qué te ocurre, Lucille?

Fue sincera:

—Tengo miedo.

Las cejas del doctor Verse se enarcaron en un gesto de sorpresa.

—Miedo. ¿A qué?

—Esa mujer. La esposa de Dale Margo. ¿Estás seguro de que no será capaz de reconocerte en cualquier momento, cuando vea una fotografía tuya por ejemplo?

La palmoteo la mejilla cariñosamente.

—Desecha esos temores, Lucille —dijo—. Estoy completamente seguro de haber hecho las cosas perfectamente. Goldie Margo no pudo verme bien el rostro. Aparte de eso, todas las veces en que pudo hacerlo, yo había desfigurado algo mis facciones. Ya sabes cómo: trozos de goma en la boca, cejas postizas, gafas. Estoy seguro de que jamás me reconocerá.

—No debieras de haberlo hecho, Adam. Es tan... yo qué sé. Tan peligroso acaso.

—Hubieran tardado años en decidirse a dar este paso de una forma oficial, Lucille; tú lo sabes. Mis colegas ardían por hacer una operación como la que acabo de realizar yo. Yo tenía que hacerlo. No podía esperar. ¿Qué importa que haya rozado el delito? Moralmente, no puedo reprocharme nada a mí mismo. Dale Margo está condenado a la silla eléctrica, sería ejecutado en las próximas semanas. Ahora, Margo y yo acabamos de hacer un favor inapreciable a la ciencia. ¿No lo comprendes, Lucille?

Ella le miró de frente, sin posible doblez en lo que pensaba.

—No lo sé, Adam. Estoy hecha una confusión desde aquella tarde en que me revelaste que habías decidido operar a ese hombre.

—¿No tienes fe en mí?

—Sí; no se trata de eso, Adam. Es lo otro, es el peligro que puedas correr si llegan a descubrir lo que has hecho.

—¿El

F. B. I.?

¿Es eso lo que te causa miedo?

—Sí. Más que nada, el propio

F. B. I.

¿Por qué te visitó ese agente especial cuando tú habías hecho una declaración ante la Policía?

—Supongo que mero trámite rutinario. Estoy demasiado alto en la escala social para que me molesten con sus sospechas, suponiendo que éstas existan. Por otra parte, estoy seguro de haber vencido sus recelos. Caso contrario, no me habrían permitido iniciar «estas vacaciones».

Lucille se levantó para retirar el servicio de café.

Volvió a mirarle y dijo:

—Ojalá sea todo como tú dices —añadió.

En otros momentos, Adam Verse la hubiera abrazado por la inquietud que demostraba hacia él. Entonces tenía demasiadas cosas en qué pensar. Cuando la joven salía de la habitación, él había vuelto a sumirse en sus hondas reflexiones.

El asunto solamente estaba iniciado y había tantas cosas en qué pensar.

No había regresado todavía Lucille cuando Adam se incorporó pasando a la parte del chalet donde operaba a Dale Margo.

Sus dos ayudantes, los mismos que atraparon al fugitivo en la granja la noche de su huida, estaban lavándose las manos cuando él entró en el improvisado quirófano.

Sin hablar con ellos, se acercó al paciente.

Respiraba lenta, acompasadamente. Su aspecto, con el trozo de rostro que dejaba visible el vendaje, adquiriría poco a poco su color natural.

Levantó la cabeza e hizo un gesto hacia ellos. Como diciéndoles que todo marchaba perfectamente.

El operado yacía, naturalmente, bajo los efectos de la anestesia.

Pasarían varios días antes de que se hallara en condiciones de poder hablar.

Adam Verse no temía la llegada de ese momento. Esperaba que Dale Margo exigiera una serie de explicaciones y estaba dispuesto a darle cuantas deseara.

Ocurriera lo que ocurriera, entre él y aquel hombre que ahora estaba tendido en la mesa de operaciones, los hechos se habían producido ya y nadie podría en aquel caso dar marcha atrás.

Regresó al «*living*» después de volver a cambiar una mirada con sus dos ayudantes, recordándoles de esa forma que debían de mantener una estrechísima vigilancia sobre el operado en aquellas próximas horas.

Lucille había regresado de la cocina y fumaba, sentada en una de las butacas.

NI ella ni Adam rompieron el silencio durante muchos minutos.

Cuando ella aplastaba la colilla del cigarrillo contra el cenicero, dijo, mirándole fijamente:

—¿Y la mujer, Adam?

El doctor Verse no la comprendió, sin duda porque se hallaba inmerso en sus pensamientos.

—¿Qué mujer? —inquirió con extrañeza.

—La de Margo. El periódico daba a entender que estaba en mala situación económica.

—¿Quieres decir que debemos ayudarla?

—Yo creo que sí, Adam. Sería inhumano dejarla en la indigencia, o poco menos, mientras estás usando a su esposo.

—Sí, creo que tienes razón. Tendré que pensar en la forma de hacer llegar hasta ella una cierta cantidad de dinero.

—¿Te importaría que fuera yo la que se lo llevara?

—¿Tú? La verdad, podría reconocerte después.

—No tienes quien haga eso, a menos que uses a uno de tus ayudantes. Creo que dijiste que la presencia de los dos te resultaba imprescindible durante la primera semana después de la operación.

—No —Verse negó con la cabeza al tiempo de hacerlo con aquella sola palabra—. Hay un sistema mejor y es el Correo. Se lo enviaremos dentro de un sobre cerrado y sin remite.

Dio la impresión de que habían agotado el tema de la conversación, ya que ambos callaron durante varios minutos. El

doctor Verse se levantó para acercarse nuevamente al gran ventanal y mirar por él al campo. Había vuelto a encender un cigarrillo y seguía el curso de sus pensamientos que debían ser profundos, cargados de responsabilidad en aquellos momentos.

Lucille miró con fijeza su espalda.

Cuando se incorporó para acercarse a él, un brillo extraño animaba sus pupilas. Apoyó sus dos manos en los hombros masculinos y dijo, con voz ahogada, acaso temerosa:

—¿Era necesario, Adam? ¿Realmente necesario dar este paso?

No la tomó en sus brazos, no la besó al girar sobre sus tacones y volverse hacia ella. La miró de frente, a lo más hondo de sus ojos antes de contestar:

—Sí, Lucille. He reeditado durante días, durante semanas el paso que iba a dar. Creo que, en realidad, he estado pensando en ello desde que ese hombre, Dale Margo, entró en la prisión.

El doctor Verse se dejó caer sobre uno de los asientos, como si se encontrara verdaderamente cansado después de la delicada operación que realizara media hora escasa antes.

—Nunca te expliqué con demasiado detalle el asunto —dijo.

Lucille no dijo nada, limitándose a escuchar, segura de que, al fin, él iba a contárselo todo.

—Existe, en apariencia, dos clases de criminales —comentó Adam Verse sin mirar a la joven, como si hablara consigo mismo—. Una, está formada por los hombres que matan en unos momentos de celos, de pasión, de odio; asesinos temperamentales, que podemos llamarlos, o, simplemente, asesinos eventuales. Hombres a los que parecen ser las circunstancias las que les empujan hacia el crimen. La otra clase, está formada por el criminal nato, por el que para nosotros constituye una especie horrible y repulsiva. Estos hombres matan porque llevan dentro el crimen, porque encuentran natural matar y acaso hasta un placer en hacerlo.

Se inclinó para recoger la cafetera y verterse él mismo una nueva taza del negro brebaje. Cuando la terminó, encendió un cigarrillo para proseguir:

—Durante muchos años, la psiquiatría ha intentado reformar la mente del criminal, convirtiéndole en un ser apto para vivir normalmente en sociedad. Ahora bien: al cabo de mucho tiempo de investigaciones, la ciencia se ha encontrado en el mismo sitio del

cual partió. Un criminal tratado por los psiquiatras no ha dejado en realidad de ser criminal. Es una consecuencia que debía haber obligado a pensar en la inutilidad de todo esfuerzo en este campo.

Lucille seguía sus palabras sin moverse, sin pestañear, como prendida a los labios del doctor Verse.

—La cirugía, sin embargo, no había entrado nunca en el juego. Hace ya cierto tiempo que se logró un gran avance en este campo de la criminología técnica. El gusto del crimen, el deseo de matar que han demostrado algunos hombres ha podido ser localizado en unos lóbulos del cerebro. ¿Comprendes lo que eso significa?

La joven hizo un gesto de difícil interpretación.

—La ciencia oficial llegó a la conclusión de que el bisturí podría acaso extirpar esos lóbulos, devolviendo al ser inculcado de criminal una personalidad netamente normal. Es decir, haciendo desaparecer las células que motivaban el instinto criminal del individuo, este hombre se convertiría en un ser por completo normal.

El doctor Verse aplastó el cigarrillo contra el cristal del cenicero.

—Desde el primer momento seguí con pasión estos estudios —siguió inclinado ahora hacia su novia—. La decisión final, la que permitiría la operación, está siendo retrasada casi continuamente. No se atreven a iniciar el camino que podría causar un gran bienestar a nuestra sociedad. La operación es de las más arriesgadas. Hay que trepanar el cerebro y sacar los lóbulos. Un solo milímetro de error supondría la paralización de parte del organismo.

Lucille abrió la boca, la mantuvo con los labios como si fuera a decir algo.

—Tenía que hacerlo —dijo Adam—. Era necesario que yo hiciera esa operación, sin importarme el riesgo. Investigué entre mis compañeros para saber si estaban dispuestos a jugar esa carta decisiva de la primera operación. Y sólo encontré miedo y vacilación. Por eso he dado este paso, querida.

Tras unos segundos, la joven habló al fin, emitiendo una pregunta que encerraba cierta dosis de angustia:

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

Tardó algo en concretar el doctor Verse su pensamiento.

—Ahora —dijo al fin—, sólo me queda una cosa que hacer. Sólo esperar los resultados.

Se levantó.

Lucille le miró con cariño. Sabía que era un hombre capaz de entregarlo todo a su pasión científica. Y por primera vez, pese a que le amaba con todo su corazón, se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

Una especie de emoción, un nudo de presentimientos atenazó su garganta cuando quiso decir algo. Presentimientos de que aquel paso de Adam Verse podía conducirle al más rotundo de los fracasos.

VI

—¿QUIERES que vayamos andando?

Goldie movió la cabeza hacia el agente especial y contestó afirmativamente con una sonrisa.

Casi rozándose los dos, anduvieron calle adelante, dejando atrás el coche en que Paul viniera a recogerla como casi todas las tardes.

Hacía una semana escasa que se habían conocido y entre ellos se había formado ya, inevitablemente, sin que ninguno de los dos se lo propusiera, una fuerte corriente de comprensión y de simpatía.

—¿Sin noticias? —inquirió el agente especial al poco.

—Nada —dijo ella.

Se paró de pronto, giró sobre sus altos tacones hasta enfrentarse con él.

—¿Por qué insistes siempre, Paul? —quiso saber—. Aunque Dale viniera a mí, aunque me hiciera saber su paradero, jamás podría decírtelo. Sería...

—¿Una traición?

En la pregunta de Paul Rogers había sarcasmo e ironía.

Goldie se mordió los labios, evitando así el contestar algo que acaso le hubiera dañado.

Antes de que ella pudiera contestar, el agente especial dijo, cogiendo entre las suyas las manos femeninas:

—¿Le quieres todavía, Goldie, a pesar de su silencio?

Goldie bajó la cabeza.

—Es mi esposo —susurró apenas.

—Él no te ama, Goldie. Nunca te ha amado.

De pronto, el agente especial sintió haber dicho eso, haber insistido una vez más en ello. Pero era demasiado tarde ya para rectificar.

Goldie alzó la cabeza, se le quedó mirando de una forma extraña.

—Habías jurado no hablar de eso —aseguró sin ocultar que las palabras del agente especial la habían hecho daño.

Paul se mordió los labios. Y antes de que pudiera evitarlo, Goldie se dio media vuelta y retrocedió a paso rápido por la acera, con dirección al portal que abandonara cinco minutos escasos antes.

Los puños de Paul se cerraron.

Sí, había jurado no hablar de eso, no insistir más sobre ello, pero era más fuerte que su voluntad. No sabía por qué, no se lo preguntaba tampoco.

Reaccionó cuando ya la joven se alejaba, cuando llegaba casi al portal.

—¡Goldie! —La llamó.

La mujer entraba ya y desaparecía dentro del edificio. Paul echó a correr para alcanzarla, pero ella debió de apretar el paso dentro del portal. Cuando el agente especial llegaba a la escalera pudo todavía escuchar su rápido taconeo que subía hacia su apartamento.

No se paró Paul. Tenía que hablarla nuevamente, tenía que explicarla que su intención no había sido herirla una vez más, ahondar la herida que la pobre muchacha llevaba en el corazón.

Subió de dos en dos, de tres en tres los escalones y ni siquiera se paró ante la puerta que ella debía de haber franqueado unos segundos antes.

Goldie se había dejado caer sobre una silla y tenía la cara entre las manos. Ni siquiera debió de oírle entrar, ya que no se movió, no levantó la cabeza, no hizo nada en absoluto cuando Paul se paró a su lado.

Estaba llorando.

—Goldie.

Pareció sorprenderse de verle allí, rozándola casi cuando alzó, al fin, la cabeza y sus ojos encontraron el rostro del agente especial.

—¿Por qué me torturas? —dijo ahogadamente—. ¿Por qué te empeñas en torturarme cada vez?

No era una pregunta en realidad, sino una queja.

Paul sintió que un nudo se formaba en su garganta cuando se agachó hasta poner sus dos manos sobre los suaves, redondos hombros femeninos.

—Lo siento, Goldie —dijo con voz profunda.

Fue algo inesperado, algo que ni siquiera el agente especial pudo prever. Clavó casi sus dedos sobre los hombros de la mujer y la levantó poco menos que a la fuerza.

Sin darse cuenta de que él no tenía derecho a hacer eso, de que no debía de hacerlo, la estrechó con fuerza contra su pecho, la estrujó entre sus brazos y la besó con todo el ardor de su corazón.

Se dio cuenta de que los labios femeninos respondían con pasión a su caricia, se aplastaban también contra los suyos.

Sólo durante unos segundos.

El cuerpo de Goldie pugnó por soltarse, forcejeó hasta conseguir que los brazos del agente especial la soltaran.

El rostro de la joven estaba rojo cuando exclamó, como si todavía temiera lo que podía pasar, como si adivinara en los ojos de Paul Rogers que iba a volver a estrecharla nuevamente entre sus fuertes brazos:

—¡No, Paul, no!

Paul tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse.

Se pasó la mano por la vista y retrocedió al fin, comprendiendo que era una locura lo que había hecho.

—Por favor —insistió ella.

Comprendió perfectamente lo que Goldie quería decir con aquella frase de ruego, con aquellas dos palabras que parecían expresar toda su angustia.

Paul la miró fijamente antes de hablar.

—Lo siento, Goldie. Ha sido más fuerte que mi voluntad. Lo siento. Pero volvería a hacerlo un millar de veces, porque te amo.

Era cuanto pensaba decir. Giró bruscamente sobre sus talones y salió del cuarto.

Goldie le vio desaparecer a través de las lágrimas que empezaban a llenar sus ojos.

Ella también le amaba, estaba segura de amarle como jamás pensó que pudiera llegar a quererse. Pero no era libre, pertenecía a otro hombre legalmente.

No oyó los pasos del agente especial, acaso porque los sollozos estrangulaban cualquier otro ruido que sus sentidos pudieran percibir.

Había luchado en los últimos días para negarse a sí misma la

evidencia de ese amor que creía culpable. Porque ella estaba atada a Dale Margo, a un hombre que no vaciló en arrastrarla con él a un abismo moral, a un hombre que se casó con ella cuando ya había cometido un crimen y la Ley le buscaba para condenarlo a la última pena.

Dale Margo.

Lo que fuera en principio una breve felicidad se convertía ahora en amargura. Ni siquiera había cumplido su palabra de buscarla apenas estuviera libre, ni siquiera la envió una nota con la dirección donde pudieran verse.

Aquel hombre, en cambio.

El agente especial había entrado en su corazón sin que ella misma pudiera darse cuenta de cómo ocurría una cosa semejante. Unos días que salieron juntos, debido a que él llevaba el caso de Margo, unas cuantas horas de charla.

Paul llegó al portal y se dirigió hacia su coche.

Era muy temprano, apenas las cuatro de la tarde.

Montó en el coche y lo dirigió hacia el centro de la ciudad, sumido en hondos pensamientos.

Había roto, por su propia culpa, por aquel absurdo impulso de besar a Goldie, la amistad que les unía ya. Y ella estaba necesitada de protección, le necesitaba a él.

No podía en realidad dedicar demasiado tiempo a la búsqueda del fugitivo, ya que sus compañeros estaban entregados de lleno a esa tarea, habiéndose reservado él la parte que correspondía a Goldie en la captura de su marido.

Recordó al doctor Verse, preguntándose de nuevo qué era lo que le hacía ver un posible sospechoso en el famoso cirujano.

Había prometido a su secretaria salir un día con ella y la muchacha aceptó. ¿Por qué no aquella tarde?

Al fin y al cabo, no se trataba de que a él le gustara la enfermera ni en que creyera que podía pasar un buen rato con ella. Su corazón estaba entonces demasiado lleno de Goldie para que pensara en cualquier otra mujer.

Era una tarea más dentro del caso y debía de realizarla cuanto antes.

Decididamente dirigió su coche hacia la clínica del doctor Verse, esperando que la joven estuviera allí.

No se equivocaba. Ella misma salió a su encuentro después de que hubo entrado en la salita lujosamente amueblada que hacía de sala de espera.

La enfermera no disimuló la satisfacción que la causaba volver a verle, y sonrió de lado a lado de su tentadora boca apenas le tendió la mano.

—¿Ve? —dijo Paul a modo de saludo—. He cumplido mi palabra.

—Tarde, pero seguro.

—Estoy dispuesto a demostrarle lo bien que una chica hermosa puede pasarlo con un agente del Gobierno —añadió Paul.

La muchacha volvió a sonreír.

—¿Ha venido a buscarme? —quiso saber.

—Claro que sí. Y no saldré de aquí sin usted.

—Tendrá que esperar dos horas por lo menos, policía —pareció dispuesta ella a bromear.

—En ese caso, tendré que tomar medidas urgentes.

Estaban los dos parados en mitad de la salita solitaria. Paul mantenía entre las suyas las manos de la enfermera.

Inesperadamente, ella las retiró.

—Tengo la ligera impresión de que los hombres del

F. B. I.,

van siempre demasiado rápidos —dijo.

—¿Se refiere a su mano?

—¿A qué, si no?

—Bueno; es algo que soy incapaz de controlar. Cuando una chica me gusta, procuro decírselo de la forma que tengo más cerca.

La enfermera retrocedió cuando Paul dio el paso que les separaba hasta entonces.

—Es usted un hombre muy peligroso —añadió ella.

—¿Salimos?

Paul había adivinado desde el primer momento, desde el día en que la conoció, que aquella mujer era completamente asequible por el sistema de tontear intrascendentemente con ella. Y usaba el método que creía más conveniente.

—Ahora estoy en el trabajo. Tengo que recibir a las personas que vengan en busca del doctor.

—¿El doctor? Yo creía que estaba de vacaciones.

—El doctor Verse cumplió, en efecto, su palabra. Pero le sustituye en la consulta el doctor Mufflin.

—¿Tengo, pues, que pedirle permiso para raptar a su secretaria?

—Bueno, es usted irresistible. No tendré más remedio que contarle cualquier cosa para que me deje salir.

Paul señaló su reloj.

—Dentro de cinco minutos entraré por usted si ese antipático doctor no la ha dado permiso —dijo.

Naturalmente que la joven enfermera apareció antes del brevísimo plazo que Paul simuló concederla. Vestida de calle, sin el uniforme de enfermera, ganaba en belleza.

El agente especial abrió los ojos, demostrando una admiración que estaba muy lejos de sentir.

—Si llego a saber eso —aseguró—, hubiese venido a buscarla mucho antes.

La chica se rió de su salida y se dejó coger el brazo cuando abandonaban la clínica.

—Simplemente —dijo—, me he limitado a pedir a Peggy que me sustituyera esta tarde.

—¿Quién es Peggy? —quiso saber—. ¿Otra chica como tú de guapa?

La había tuteado y ella pareció encantada.

—Oh, Peggy es una estudiante que hace sus prácticas de laboratorio en este que tiene aquí el doctor Verse.

Cuando llegaron a la calle y Paul abrió la portezuela del coche, preguntó:

—¿Dónde quieres que vayamos?

—No me llena la ciudad —dijo ella—. Hay sitios tan deliciosos en este tiempo fuera de Boston.

—¿Quieres que vayamos al mar, a bañarnos?

Demostró la mujer su satisfacción ante el programa. Posiblemente la gustaba nadar en una tarde soleada como aquélla.

Cuando el coche arrancaba, Paul se inclinó hacia ella conduciendo con una mano y aprisionando con la otra las manos de la enfermera.

Inesperadamente la besó.

La enfermera no supo si enfadarse o echarse a reír. Debía, no obstante, estar acostumbrada a cosas como aquélla, ya que acabó

expresando lo que pensaba:

—¡Oye, pues es verdad que vas demasiado de prisa!

—Cuando me gusta una cosa, procuro tomarla lo antes posible —dijo.

Soltó los dedos de la enfermera y palmeó su pierna.

Era un avance, acaso, demasiado atrevido.

La joven no se inmutó. También debía de considerar, aunque no lo dijera, que las cosas debían de ser como aquel hombre estupendo parecía saber llevarlas.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas —añadió Paul quitando su mano, al fin, de donde la posara durante un minuto.

—Mi nombre es Trudy.

Paul pensó que aquella chica llamada así le iba a contar toda una serie de cosas acaso muy interesantes sobre el doctor Verse.

VII

ABRIÓ los ojos y se quedó mirando lo que le rodeaba. Con extrañeza, sin comprender.

Un rostro primero. Otro a continuación, un tercero pocos segundos después. Tres rostros a los que no reconocía. Tres pares de ojos fijos en él. Tres intenciones pendientes al parecer solamente de su despertar.

Uno de los hombres, el que tenía gafas oscuras, avanzó hacia el lecho donde yacía, se inclinó para preguntarle en voz casi baja:

—¿Cómo se encuentra?

No contestó porque no comprendía el sentido de la pregunta.

Adam Verse estuvo inclinado hacia el paciente durante dos o tres minutos, observándole fijamente, antes de volver a despegar los labios y decir:

—Ahora descanse. ¿Comprende lo que quiero decirle? Descanse.

Dale Margo hizo algo parecido a un gesto de asentimiento. Sus ojos volvieron a mirar el cielo raso, el gran ventanal situado a su izquierda, a los tres hombres que continuaban observándole.

El doctor Verse alargó una de sus manos hacia atrás, pidiendo algo. Uno de sus ayudantes debió de comprenderle, ya que acercó una silla.

Verse tomó asiento a la cabecera de la cama. Sus ayudantes retrocedieron hasta la pared y uno de ellos encendió un cigarrillo.

—¿No me reconoce? —preguntó a Margo—. ¿No recuerda haberme visto antes?

Aunque el paciente no pudo darse cuenta, en la voz del doctor había auténtica ansiedad.

Durante un par de minutos la mirada del fugitivo permaneció clavada en el rostro del que le interrogaba. Luego, lentamente,

movió la cabeza contestando de forma negativa a la pregunta.

Verse tragó aire, tuvo que hacer un esfuerzo para que su rostro no expresara lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. El ayudante que comenzara a fumar había quedado con la mano a mitad de camino hacia el cigarrillo que colgaba de sus labios. Su compañero cambió con él una mirada de intenso estupor.

Habían esperado acaso cualquier cosa de la delicada, peligrosa operación llevada a cabo por el doctor Verse, pero nunca que se produjera eso, que el paciente despertara sin reconocer a una persona a la que había visto con relativa frecuencia durante las últimas semanas.

Verse movió sus labios, como si fuera a decir algo más. Pero no lo hizo. Debió pensar que por el momento no podía intentar nada en absoluto. Y se levantó, dispuesto a abandonar la habitación.

Sin necesidad de que se lo dijera, sus ayudantes comprendieron que tenían que seguirle.

Fuera, el doctor Verse dejó que, al fin, una mueca de intenso; de casi total desaliento cubriera sus facciones.

—Traigan una de las fotos de su esposa —pidió.

Unos segundos después tenía en sus manos varios de los diarios de Boston publicados una semana escasa antes, cuando Dale Margo se escapó. En ellos algunos retratos de Goldie.

Volvió con ellos a la habitación y extendió uno ante los ojos del fugitivo, de forma que no pudiera ver, o leer, el resto de la información.

No eran momentos apropiados para que el paciente hiciera ninguna clase de esfuerzo mental. Pero lo que se había producido era suficientemente importante para que el doctor abandonara todas sus precauciones.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó.

Dale Margo debió de encontrar algo familiar en el rostro fotografiado, algo que le hizo vacilar antes de dar una nueva respuesta.

—No —dijo.

—¿Está seguro?

Nueva vacilación y una nueva contestación negativa, esta vez emitida de una forma rotunda.

Verse arrojó el periódico hacia atrás. Inesperadamente

descubrió, quitando la ropa de la cama, el cuerpo del paciente. Estaba cubierto por un pijama verde, del propio doctor.

—Intente mover los dedos del pie derecho —pidió.

La mirada del médico se había clavado en ese pie derecho, no en el rostro de Dale Margo. Vio cómo éste obedecía, moviendo varios de los dedos.

—Los del otro pie ahora.

Nuevo intento del fugitivo. Con éxito.

—¿Puede incorporarse?

Dale lo intentó también. Aunque tardó algo, como si le costara trabajo realizar el esfuerzo.

Con brusquedad, Verse volvió a cubrirle con la sábana.

—Descanse —repitió al dirigirse hacia la puerta de la habitación.

El periódico había quedado en la habitación, tirado en uno de los rincones. Dale Margo giró la cabeza, acaso casualmente, y descubrió la blancura del papel. Miró a la puerta viendo que se había quedado solo.

Le costó bastantes minutos bajarse de la cama y arrastrarse hacia el diario. Comprendiendo que podían volver nuevamente antes de que él alcanzara el diario, intentó ponerse en pie.

Lo conseguía casi cuando su cabeza comenzó a darle vueltas. Estaba, sin duda, demasiado débil para conseguir lo que se proponía. Por lo que continuó arrastrándose hacia el rincón donde quedó tirado el diario.

Jadeaba cuando llegó. Tras unos segundos de descanso, recogió el papel y lo alisó para volver a contemplar la fotografía que le mostrara aquel hombre desconocido. Algo vagamente familiar, algo que intentaba penetrar en su cerebro. Un rostro de mujer, bello y joven, que parecía intentar transmitirle un mensaje desde el papel.

Había algo más.

Pudo leer una noticia referente a un hombre que había logrado escaparse de la Ley cuando era trasladado hacia una clínica de urgencia. Se llamaba Dale Margo y la fotografía correspondía a su esposa.

El paciente comprendió que no sacaba nada en limpio de aquello y volvió a moverse con lentitud hacia el lecho.

Estaba terriblemente cansado cuando volvió a tumbarse.

Y las preguntas comenzaban a agolparse en su mente. ¿Quién era él? ¿Qué hacía allí, por qué tema la cabeza cubierta por un vendaje? ¿Quiénes eran aquellos tres hombres que viera poco antes?

—Cálmese; no le voy a hacer daño.

La voz de Verse era tranquila y logró que el paciente se quedara quieto ante los instrumentos de cirugía.

Comenzó a quitarle el vendaje con dedos expertos, sin hacerle, en efecto, el menor daño.

Cuando hubo terminado, hizo un ademán para que sus ayudantes contemplaran las apenas visibles cicatrices de la cabeza.

Sí, la operación había sido un éxito completo en ese sentido. Un trabajo perfecto y limpio. En pocas semanas nadie sería capaz de descubrir en el casco cerebral de Dale Margo la menor huella de lo ocurrido. El fallo seguía estando en lo otro, en lo esencial. Porque el paciente seguía sin memoria, sin saber quién era ni lo que había ocurrido en su vida anterior.

Dale Margo no había despegado los labios desde que comenzaran a quitarle lo que le cubría ahora el rostro.

No se recordaba a sí mismo, por lo que tampoco tenía por qué extrañarse de que su rostro hubiera sufrido cambios importantes bajo la cirugía estética.

Por otra parte, ninguno de los presentes le llevó hasta un espejo para que pudiera mirarse su «nueva cara».

Verse se acercó a los instrumentos, buscó una jeringa hipodérmica, cambió una mirada con sus dos ayudantes y la llenó con un líquido incoloro.

—Sólo será un breve pinchazo —dijo a Margo al tiempo de acercarse a él y cogerle el brazo.

Dale miró al hombre de las gafas y asintió con la cabeza. Durante más de dos meses que llevaba allí, en manos de aquel hombre, de aquel doctor, había llegado a acostumbrarse a él y a confiarse ante su voz suave, convincente, que jamás demostraba otra cosa que una gran apariencia de seriedad. En las varias ocasiones en que intentó que Verse le contara algo sobre su propia vida anterior olvidada, recibió siempre la misma respuesta. Tenía que esperar. Había sufrido un grave accidente y sólo era cuestión de un poco de tiempo el que recobrara sus facultades y su memoria.

El pinchazo obligó a Dale Margo a contraer los rasgos faciales. Sintió, cuando todavía no había acabado de entrar del todo el líquido, que una laxitud suave, agradable, se apoderaba de él.

Uno de los dos ayudantes de Verse se acercó al paciente para sujetarle en el momento en que sus piernas cedían, y hubiera caído al suelo si no llegan a cogerle sus manos.

Fue depositado sobre una de las sillas y apoyado de espaldas sobre la pared. Adam Verse levantó uno de sus párpados y debió convencerse gracias a ello que efectivamente estaba desvanecido.

Desde aquel momento pareció reinar una gran actividad entre los tres hombres. Los dos ayudantes cogieron a Margo para sacarle de la pieza, seguidos por Verse. Escasamente diez minutos después, Margo era colocado dentro del coche que estaba preparado a la puerta del chalet.

Faltaba muy poco para anochecer cuando llegaron a la carretera general. El coche, aparte del inanimado fugitivo de la Ley, estaba ocupado por el propio doctor Verse y por uno solo de los hombres que le ayudaron el primer día.

Era un sábado, por lo que el tránsito de la carretera resultaba denso. Tuvieron que avanzar hacia la ciudad a una marcha lenta y llegaron a las primeras calles de Boston cerca de las diez.

Adam Verse parecía haberse puesto nervioso. Miraba continuamente a través del cristal del coche como si esperara algo especial.

Cuando pararon, nada nuevo se había producido. Verse miró entonces la calle en la cual se encontraban, solitaria, casi sumida en la oscuridad.

El fugitivo continuaba tendido en el suelo del coche y cubierto por una tela.

Todavía pareció vacilar el doctor. Hasta aquel momento todo el riesgo corrido debido a su obsesión científica había estado supeditado a lo que hiciera en un chalet aislado del campo donde resultaba, al menos por el momento, poco menos que imposible que le sorprendieran los hombres del

F. B. I.

Ahora todo cambiaba. Todo adquiría una faceta en la que él estaba muy poco ducho.

Su ayudante estaba mirándole desde hacía varios segundos,

acaso de una forma interrogativa, cuando Verse se decidió. Sacó una cajita de plástico del bolsillo y retiró la tela que cubría el cuerpo de Dale Margo.

Dos o tres minutos después de que le fuera puesta la nueva inyección, Margo abrió los ojos sorprendido. Ni siquiera recordaba en aquellos momentos lo ocurrido durante las últimas horas. En su mente había algo parecido a una niebla que le hizo llevarse una de sus manos a la vista.

En realidad no le dieron tiempo para preguntarse siquiera en qué sitio se hallaba.

—No tema —dijo el ayudante, obligándole a ponerse en pie, curvada la cintura sobre el suelo del vehículo—. Ahora vamos a salir.

Abrieron la portezuela y le empujaron. Margo no se opuso a salir. Para él, todo lo que estaba ocurriendo desde hacía varias semanas carecía de verdadero sentido.

Se dio cuenta, solamente, de que la calle estaba bastante oscura.

Al volverse, acaso esperando que volvieran a cogerle del brazo para indicarle la dirección que debía de seguir, oyó inesperadamente el golpetazo de la portezuela del coche.

Abrió la boca debido a la sorpresa. Pero era ya demasiado tarde para que hiciera nada. El coche arrancó rozándole casi con su morro mientras Margo daba un salto instintivo hacia la parte interior de la acera.

Sintió algo muy extraño, algo que tenía parecido con la angustia.

Durante varias semanas, dos meses concretamente, aquellos hombres desconocidos le habían cuidado, guiado en cada uno de sus deseos y de sus pasos.

Ahora estaba solo, se sintió completamente solo y perdido.

Anduvo lentamente sin tener idea de qué dirección le convenía seguir. Las dos luces traseras del vehículo que le trajera hasta allí se habían perdido ya en la oscuridad de la noche.

Sintió ganas de fumar y se llevó la mano al bolsillo derecho de la chaqueta, sitio donde solía guardar el tabaco que ellos le daban a diario.

Pero ahora había algo más, algo que le extrañó encontrar junto a la cajetilla. Varios papeles tersos, casi rígidos. Al sacarlos, comprobó qué se trataba de billetes casi completamente nuevos.

Billetes de diez dólares, un buen montón de ellos. Más de cien.

Al menos, dentro de lo abandonado que se sentía, le habían dejado el dinero suficiente para que pudiera iniciar una nueva vida.

Volvió a registrarse, ahora, todos los bolsillos, un poco nerviosamente. Y silbó admirativamente al descubrir una cartera billetero en el bolsillo interior de la chaqueta. Más dinero en billetes de cien y de quinientos dólares y un carnet de conducir a nombre de un tal Richard Lupi.

Descubrió también un trocito de papel con una dirección y un nombre de mujer: Goldie Margo.

Aquel nombre no le decía nada en absoluto, por lo que reintegró el papel al sitio donde lo encontrara.

Siguió andando, algo más tranquilizado. Lo primero que tenía que hacer era buscar alojamiento para aquella noche. Al día siguiente se formaría un plan de acción. Acaso sería conveniente presentarse a la Policía revelando que desconocía su propia identidad y su pasado.

Aunque acaso ahora ciertas cosas habían cambiado. Porque si tenía un carnet de conducir a nombre de Richard Lupi, lo lógico era que fuera esa persona.

Torció varias esquinas, acercándose hacia una zona de más luz y de cierto tránsito.

Una de las veces en que miró frente a sí, sin saber concretamente qué buscaba, vio un pequeño luminoso que anunciaba habitaciones.

Lo que no descubrió era que el otro ayudante de Verse le seguía, oculto en la oscuridad de la calle y a prudente distancia.

VIII

SE despertó porque el fuerte sol de la mañana estaba dando directamente en sus ojos.

Con la misma sensación que otras docenas de veces últimamente, con una especie de hervor dentro. Sabía, de esas veces, que las preguntas acudirían en tropel a su cerebro. Las mismas preguntas. ¿Quién era, qué era?

Había en aquella mañana un nuevo enigma rodeándole. Los hombres que estuvieron cuidándole durante las semanas en que permaneció casi constantemente dentro de una habitación.

Sabía algunas cosas sobre sí mismo. Sabía, por ejemplo, que cuando abrió los ojos por primera vez, dos meses atrás, acababa de atravesar sin duda una crisis aguda, alguna enfermedad peligrosa, o una operación —mejor una operación— efectuada por tres hombres de los que ni siquiera a semejante altura conocía los nombres. Luego hubo otra operación, una segunda operación.

Al echarse fuera de la cama hizo un ademán con los hombros.

No podía permitir que le fuera venciendo el desaliento, que llegara a volverse loco a base de torturarse día y noche con las mismas preguntas que se estaba haciendo en las últimas semanas.

Sobre una de las sillas de la humilde habitación que alquilara la noche antes estaba el carnet de conducir y el dinero que le dejaron en los bolsillos.

Era suficiente para empezar una vida, cualquier clase de vida, y era eso lo que tenía que hacer. Lo demás, con importarle mucho, era algo que debía postergar por todos los medios a su alcance.

Primero vivir. Después, averiguar lo que constituía hasta entonces un misterio indescifrable para di.

Pese a sus propósitos de no torturarse más, se hizo la pregunta

nuevamente de por qué le habrían dejado en plena noche, al parecer abandonado a sus propias fuerzas después de cuidarle durante tanto tiempo.

La habitación no tenía baño, por lo que tuvo que limitarse a meter la cabeza debajo del grifo. El agua, bastante fría pese a estar en verano, le devolvió algo de la confianza perdida en sí mismo.

Luego se vistió, con el primer cigarrillo del día entre los labios.

El hombre que hacía de conserje le miró con descaro cuando se dirigió a él.

—¿Abandona su habitación? —preguntó el empleado.

Debía ser la pregunta habitual para todo el que salía del pobre edificio dedicado a hotel de décima categoría.

Dale arrojó sobre el mostrador de dudosa limpieza un billete que cubría ampliamente el costo de la noche y recogió el cambio.

—Puede alquilar a otro ese agujero, si ése es su deseo —contestó cuando ya se dirigía hacia la puerta.

A la luz del sol tuvo de pronto la seguridad de que él conocía aquella calle. De que en varias ocasiones había ya estado allí, recorrido las aceras.

Parado en la puerta de lo que pretendía ser un hotel, intentó asir aquella sensación, hacerla clara dentro de su mente.

Comprendió que era inútil, que no lograría otra cosa que desesperarse igual que se había desesperado estando en la casa donde cuidaban los tres desconocidos.

Recordó el trocito de papel con unas señas que le dejaron aquellos hombres al abandonarle.

Goldie Margo.

Releyó el nombre varias veces, hasta grabarlo en su cerebro.

Había también una dirección en el suburbio de Somerville.

Podía hacerla una visita. Si «ellos» le dejaron sus señas en el bolsillo era porque deseaban que la viera, que hablara con ella. No perdería nada con hacerlo. Un taxi que pasaba entonces, vacío, le decidió.

No conocía el barrio extremo; nunca, al parecer, había estado en él. Aunque sí pareció reconocer los sitios por los que pasaron hasta llegar a Somerville.

El taxi le dejó en una calle tranquila. Frente a él un pequeño bar al que se dirigió. Vacilaba.

Pidió un café negro mientras volvía a fumar.

A través de los cristales de la puerta veía la casa donde pensaba entrar. Goldie Margo. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Qué lazo podía unirla a su pasado olvidado?

Hubiera dado años de su vida por poder contestar a esas pocas preguntas.

Pidió un segundo café, que apuró de un solo sorbo. Y con el segundo cigarrillo entre los labios salió del local y cruzó la calle.

No había indicación alguna en el portal sobre los distintos apartamentos del edificio y las personas que los ocupaban. Revisó el papel sin que viera otra cosa que el nombre de la mujer y aquella dirección incompleta puesto que no indicaba el piso al que tenía que subir.

No podía hacer nada en aquellas condiciones. No podía recorrer uno a uno los seis pisos del inmueble, llamando a todas las puertas o preguntando en cualquiera de ellas donde vivía aquella mujer llamada Goldie Margo.

Sin embargo, era la única solución que tenía al alcance de sus manos.

Seguía vacilando en mitad del portal cuando oyó un taconeo bajar las gastadas escaleras de madera hacia él.

Se trataba de una chica muy joven, vestida demasiado descaradamente.

Compuso un gesto raro con los labios, provocativo acaso, al advertir que el hombre se la quedaba mirando fijamente a las piernas, descubiertas hasta más arriba de las rodillas. Y se sorprendió cuando él dijo:

—Perdone.

Esperó a que continuara.

—¿Y bien? —quiso saber.

Dale se decidió por fin, mostrando el trocito de papel.

—Estoy buscando a esta persona —afirmó.

El desencanto pareció reflejarse en el semblante femenino. Debía de haberse creído que en el mismo portal de su casa encontraba el primer cliente del día, lo cual, a semejante hora, era un récord no alcanzado hasta entonces.

—Suba al tercero —le informó con desgana—. La puerta del fondo.

Dale se dirigió hacia las escaleras después de un apenas perceptible gracias mientras la chica soltaba a su espalda una especie de carcajada.

Volvió a pararse arriba ya, ante la puerta que ella le indicara.

Cuando al fin se decidió a llamar sentía un principio de excitación, como si su subconsciente le advirtiera que el paso que estaba dando podría ser trascendental para su vida.

Una nueva mujer al otro lado del umbral, sorprendida por la visita de un desconocido.

—¿Qué desea? —inquirió Goldie.

—Yo. Bueno, yo desearía hablar.

Hubo algo en el rostro femenino, en la boca de aquella mujer. Algo también en sus ojos. De sorpresa, de incredulidad.

—¡Dale!

Más que un nombre netamente pronunciado, una ahogada exclamación de intenso, de irreprimible estupor.

Dale Margo no comprendió, no podía comprender todavía. En aquel rostro, en aquella mujer sí había un algo vagamente reconocible para él.

Fue Goldie la que reaccionó, al cabo de unos segundos de estupor, la que cogió el brazo del hombre y le metió, casi a la fuerza, tirando de él, hasta dentro del piso. Al cerrar la puerta, de golpe, ella se apoyó sobre la madera.

Su pecho se alzaba a impulsos de una respiración agitada. Volvió a mirarle, porque no debía de dar crédito a sus ojos.

Le había reconocido por la voz y no por la cara. Al volver a mirarle, segura de no equivocarse, también quiso ver en sus rasgos faciales el rostro de Dale Margo desfigurado, cambiado sin duda por la cirugía estética.

El hombre la miraba sin comprender, sorprendido todavía por la reacción de aquella mujer.

—Yo —vaciló nuevamente, incapaz de continuar.

Sacó el trocito de papel y leyó el nombre, completando la frase:

—Deseo ver a Goldie Margo.

Se la quedó mirando, interrogativamente. Y Goldie empezó a comprender que no la reconocía, que algo trascendental debía de haber ocurrido en él, dentro de él, para que no fuera capaz de identificarla.

Su misma estatura, el mismo color de ojos, la voz idéntica. Todo igual salvo la forma de la nariz, el grosor de las mejillas, tal vez la contextura de la mandíbula y la dentadura.

Era él, sin embargo; estuvo completamente segura de que era Dale Margo, su esposo, el hombre fugado de la prisión que llevaba dos largos meses sin aparecer.

Se dio cuenta de que el silencio se hacía embarazoso, casi molesto.

—Yo soy Goldie —dijo.

Dale tragó saliva. Ahora que estaba ante la mujer a la que buscaba no sabía qué decirle, como decirle que se hallaba sumido en un caos mental.

El trocito de papel volvió a ser su tabla salvadora, la tabla a la que se asió sin otro punto de apoyo para iniciar una conversación normal con ella.

—Alguien dejó estas señas y su nombre en el papel —señaló éste, todavía entre sus dedos.

Goldie intentó que su voz sonara con acento normal cuando dijo:

—¿Qué es lo que desea de mí?

—Yo, en fin. Quisiera saber si usted me conoce.

Era lo más extraño, lo más absurdo que la joven hubiera jamás soñado. El hombre que era su esposo presentándose ante ella cuando la Policía, el

F. B. I.,

le estaba buscando por todos los Estados de la Unión. Presentándose a ella y preguntándole si le conocía.

Sólo podía tratarse de una farsa. Pero existía una tragedia entre ellos, la de su matrimonio roto, la de la condena a muerte de Dale, para creer que en semejantes momentos podía admitirse la burla.

Dispuesta averiguar la verdad que no comprendía, Goldie señaló el interior del piso.

—Pase, por favor. Yo haré lo posible por ayudarle, naturalmente. Si me explica en qué puedo hacerlo.

Le precedió hasta una de las viejas butacas del «*living*» y ella se sentó frente a él después de haber abierto la ventana para que entrara el aire de la mañana.

—He perdido mi pasado —dijo Dale de golpe, casi alzando la voz—. No recuerdo quién soy. No puedo recordarlo.

La comprensión, al fin, entró en la mente femenina.

Ahora lo comprendía todo. Alguien le había guiado hasta allí por medio de aquel papel. Pero ¿con qué idea, por qué?

Goldie advirtió que su marido la estaba mirando con fijeza y procuró que su rostro no delatara la emoción que comenzaba a sentir.

Había perdido la memoria, dijo. Se trataba de una tragedia. De algo que ella podía mitigar en cuanto contara toda la verdad.

Volvió a mover la cabeza de forma que sus ojos encontraron el rostro desconocido de Dale Margo. No se advertía, así a simple vista, la operación que forzosamente debían haber realizado para cambiarle las facciones.

Una duda asaltó su mente. ¿Y si todo era pura farsa? ¿No cabía en lo posible que Dale estuviera simplemente simulando un estado físico falso debido a que se sentía culpable ante ella por su silencio de dos meses?

—¿Y bien? —dijo él.

En el fondo de sus ojos no parecía advertirse ninguna clase de doblez. Goldie estuvo segura de ello.

Por el aspecto era, en efecto, un pobre ser desvalido, que se debatía entre el olvido de su pasado más reciente y la lucha por crearse una nueva personalidad.

Goldie se dijo que había demasiadas cosas extrañas en todo aquello. Los hombres, el hombre mejor dicho que debió de planear la fuga de Dale, ayudarle a escaparse, el mismo que hablara con ella en dos o tres ocasiones. La desaparición de Dale durante dos meses. Su transformación ahora que volvía a aparecer ante ella.

—Lo único que sé de mí mismo es que me llamo Richard Lupi —dijo llevando una de sus manos al bolsillo interior de la chaqueta.

Sacó el carnet de conducir donde se hallaba estampado aquel nombre y se lo mostró a Goldie.

—¿En qué puedo ayudarle yo? —dijo ella sin saber en realidad qué contestar a la pregunta que formulara Dale un minuto antes.

—No sé. Su nombre estaba en el papel.

Goldie se levantó.

Estaba pensando, sin proponérselo, en el agente especial del F. B. I., en el hombre respecto al que ella misma se negaba el derecho de

amar.

Paul Rogers buscaba a Dale Margo. Y Dale había vuelto, estaba allí, cerca de ella. Un ser perdido en su falta de memoria, un ser realmente desvalido moralmente que necesitaba su ayuda.

Era su esposo y no podía negársela. No sabía aún cómo, no sabía siquiera si convenía revelarle la verdad. Pero Dale sólo parecía tenerla a ella. Y debía, tenía que ayudarle.

Cuando se acercó al hombre, que continuaba mirándola como ajeno a todo, Goldie sintió un principio de emoción llenarla el pecho. Sabía también que había dejado de amarle cuando conoció a Paul Rogers.

—Haré lo imposible para ayudarte —musitó para sí misma, dispuesta a revelárselo todo.

IX

CUANDO todavía no había introducido la llave en la cerradura, oyó Paul el timbre del teléfono.

Abrió de prisa y se lanzó hacia el «*living*». Todavía sonaba cuando lo descolgó sin haberse siquiera despojado de la chaqueta.

Paul compuso un gesto de fastidio al reconocer la voz y se dijo que hubiera sido mucho mejor dejarle sonar hasta el cansancio de la persona que llamaba.

La voz inconfundible de Trudy, acaso deliciosa en ciertos días, llegó a través del hilo:

—Paul, querido; creí que no estabas en casa.

—Bueno, acabo de llegar. ¿De qué se trata, Trudy?

—Oh, querido —repitió la palabra que al agente especial no le hacía ninguna gracia—. ¿No recuerdas que hoy es mi día libre?

Una segunda mueca en los labios del policía.

—¿Quieres que salgamos? ¿Es eso lo que quieres? —inquirió.

—Naturalmente, Paul. ¿Pensabas en cualquier otra cosa?

—¿Todo el día?

—Sería tan delicioso.

—De acuerdo; iré a buscarte dentro de media hora.

Se disponía a colgar, pero ella debió de haber captado el tono algo seco de Paul.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfadado?

Contestó que no. Y ella insistió:

—Se te nota en el tono de voz.

—Estás equivocada, Trudy. Simplemente se trata de complicaciones en el trabajo.

La enfermera pareció vacilar antes de volver a preguntar:

—¿Te causa molestias el que salgamos, Paul?

—Oh, no; de ninguna manera. Estaré ante tu casa dentro de media hora. Tal vez algo más; tengo que hacer ahora un informe muy breve.

Era mentira. Mentira que no le molestara salir aquel día con la secretaria del doctor Verse. Y mentira lo del informe, buscando solamente una forma de cortar la comunicación.

Oyó el chasquido de un beso a través de la línea, antes que las palabras de Trudy:

—Hasta entonces, amor mío.

No contestó, colgando al fin.

Hacía calor y deseaba darse una ducha, por lo que se quitó la chaqueta, arrojándola sobre cualquier silla mientras se dirigía al cuarto de baño.

No tenía ninguna gana de repetir las escenas de amor con Trudy continuamente y se preguntó al abrir el grifo del agua fría si la muchacha no empezaba a enamorarse de él y se volvería demasiado exigente.

Las mujeres están generalmente equivocadas cuando piensan que los hombres sólo piensan en ellas y en cómo llegar a lo más íntimo con ellas, cuando un hombre tiene dentro, como le pasaba a Paul Rogers, la imagen de otra mujer.

La experiencia con Trudy había sido interesante en varios sentidos y podría volver a serlo en varias ocasiones más. Pero no se trataba de un plato exquisito si tenía que repetirlo poco menos que a diario.

Mientras se secaba, el agente especial estuvo pensando en que Trudy todavía podía tener la utilidad que pensará al principio de conocerla, si durante el curso de la investigación del caso de Margo, él necesitaba conocer, por ejemplo, ciertos pasos dados por el doctor Verse.

Comprendió que, en consecuencia, no le convenía romper todavía con la joven. Lo que haría, para su propia tranquilidad, sería verla aquel día y negarse con cualquier pretexto del trabajo a que salieran cada vez que ella tuviera una tarde o un día libre.

Le estaba esperando la muchacha a la puerta del edificio donde vivía con otra compañera de trabajo, empleada ésta en uno de los hospitales de Boston.

Al primer vistazo, el agente especial se dijo que, en efecto,

Trudy valía la pena en la cuestión puramente física. Era una mujer remarcable, en la plenitud de una juventud incitante, dispuesta a apurar todo lo bueno que la vida la ofreciera.

Corrió hacia él cuando vio que el coche se paraba a una docena escasa de yardas. Paul saltó a la acera, para recibirla y recibir el beso rápido, apenas una caricia en su mejilla, de la muchacha.

Se había vestido un conjunto de verano color crema muy tenue, maravillosamente entonado con su esbelta figura.

Paul se preguntó, cuando Trudy ocupó el asiento del coche, a su lado, si era la falda, excesivamente corta y estrecha, o la propia Trudy la que puso sus bien torneadas y morenas rodillas al alcance de sus ojos.

Encendió dos cigarrillos antes de arrancar, pasando uno a Trudy.

—¿Dónde quieres que vayamos? —Hizo la pregunta obligada al tiempo que ponía nuevamente en marcha el vehículo.

Trudy arrugó la nariz, mirándole fijamente.

—Contigo, a solas, al fin del mundo.

Rieron los dos, porque la frase tenía un sentido preciso para ambos, encerraba un buen recuerdo de la primera vez que salieron de Boston juntos.

—¿Quieres que volvamos allá? —Comprendió Paul el deseo de su compañera.

—Sí.

La isla Deer estaba desierta cuando llegaron rato después. El sol cabrilleaba sobre el agua azul del Atlántico, invitando al baño.

Paul llevó el coche hasta el mismo tenderete abandonado que usaran la otra vez y miró al agua durante varios minutos.

Al volver la cara hacia ella, advirtió que Trudy ponía un gesto de decepción.

—¡Se me olvidó lo principal! —exclamó.

Se trataba del bañador. El agente especial supo comprenderlo por la mueca de sus labios y por la forma cómo la mirada de la muchacha se perdía en las olas tranquilas.

—Es la mejor hora para un baño —dijo él consultando su reloj—. Después nos acercaríamos a cualquier sitio para comer. Luego podríamos bailar hasta que nos cansáramos y volver a bañarnos de nuevo. Una jornada completa.

Las uñas de Trudy se clavaron en el brazo desnudo del policía, al

haberse quitado él la chaqueta apenas salieron de Boston.

—¡Eres... eres!

Paul se bajó del coche, soltándose la correa de los pantalones. Debajo apareció su «*slip*» de baño que había tenido, naturalmente, la precaución de ponerse antes de salir de casa.

Trudy se mordió los labios con rabia.

—Me volveré de espaldas —dijo Paul.

No sólo lo dijo, sino que lo hizo, invitándola a que ella se preparara para entrar también en el agua.

—No olvides que éste es uno de los sitios más solitarios los días de trabajo —añadió aún.

Oyó, tras un par de silenciosos minutos de vacilación por parte de Trudy, el «frufnú» que hacía su ropa.

Y de pronto ella le empujó, tirándole casi al suelo; salió corriendo sobre la franja de arena y se zambulló en él mar.

Paul la dejó tomarse aquella delantera antes de comenzar a seguirla. Había encendido un nuevo cigarrillo y lo terminó al borde de las olas mientras ella gritaba de satisfacción con el frío contacto del agua.

Nadaron durante mucho rato, hasta que los dos se sintieron igualmente cansados por el ejercicio. Al salir, la timidez de Trudy había ya desaparecido. Fumaron tendidos sobre la arena, al resguardo del sol sus cabezas gracias al tenderete de lona que protegía también al coche.

—Estoy seguro de que va a ser un día delicioso —dijo él, volviéndose hacia la joven.

Tenía todavía sobre la piel restos de espuma y la humedad brillaba en un millar de gotitas transparentes.

Trudy no habló. Le miró fija, hondamente. Y sus brazos le ciñeron con fuerza.

Estaban comiendo, en un pueblo de la costa que poseía terraza hacia el mar, cuando ella dijo:

—Mañana, el doctor no abrirá la clínica. Ha cancelado dos o tres visitas que tenía.

Paul sonrió, captando la intención de Trudy.

—¿Quieres decir que mañana estarás libre también?

—Mañana y varios días más —afirmó Trudy—. Verse cierra la clínica por unos cuantos días.

—Yo tenía entendido que ese tipo de negocios no podía abandonarse con semejante facilidad.

—En estos momentos, casi toda la clientela de mi jefe está fuera, veraneando en las playas. En realidad, las pocas visitas que ha tenido que cancelar eran trabajos sin la menor urgencia. Tanto da que vea a esos pacientes dentro de una semana.

—No sé si podré, Trudy. ¿Lo comprendes, no? Se trata del trabajo.

Trudy curvó sus labios mostrando su decepción.

—Podíamos ser tan felices de nuevo —susurró cogiendo entre los suyos los dedos del agente especial.

Paul la sonrió a través de la mesa que les separaba.

—Podemos serlo todavía hoy, Trudy.

Una felicidad radiante se abrió en la luz de los ojos femeninos.

—¿Sí, Paul? ¿Lo deseas de verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Volvamos entonces —dijo ella—; cuanto antes.

Terminaron de comer y salieron en seguida del restaurante volviendo a coger el coche que dejaran en la misma puerta.

—¿Allí?

—Sí, Paul; siempre allí. Es un sitio que jamás podré olvidar.

No podían bañarse hasta que hubieran hecho la digestión, pero no se trataba de eso ahora. Su rincón favorito, el sitio exacto donde se amaron por primera vez, era el toldo que sólo debía de usarse para los bañistas habituales de los domingos.

Más tarde, Paul preguntó, sin que su tono de voz demostrara interés alguno:

—¿A qué obedece que tu jefe cierre varios días la clínica?

—No sé. No ha dado ninguna explicación.

—Me gustaría tanto no tener nada especial que hacer mañana. En todo caso, podría llamarte por la mañana. Todo depende en realidad de que haya surgido algún caso nuevo y de que me lo entreguen a mí.

—¿Estás todavía en eso del fugitivo aquél? ¿Cómo se llama?

—Margo. Hemos cursado una orden de «Muy buscado» a todo el país y simplemente esperamos que Margo sea encontrado en cualquier lugar cuando menos lo esperemos. Casi siempre ocurre de esa forma.

—¿Crees que tendrás trabajo entonces?

—No lo sé. Hasta mañana por la mañana no podré saberlo con certeza, a menos que se trate de algo urgente y me lo comuniquen esta noche.

—Si ocurriera eso, voy a echarte mucho de menos.

—¿No trabajáis pese a que tu jefe cierra la clínica?

—Nuestro trabajo diario es más que suficiente para cubrir las necesidades de organización de la clínica.

—Diablos, debía yo de solicitar una plaza a tu lado. Buen sueldo, días libres inesperados. Tengo la impresión de que estás bien colocada.

—No creas, lo de días libres con frecuencia es algo que tú te imaginas. Resulta que es la primera vez en dos años que al doctor se le ocurre una cosa así.

—¿Nunca cierra?

—Ni siquiera los domingos, querido. ¿Qué te creías? Esto de mañana es una auténtica excepción.

—¿Tan importante es el asunto como para que haga eso?

Trudy no se dio cuenta de que la mirada de su acompañante se hacía mucho más aguda, más penetrante al fijarla en sus pupilas.

Se encogió de hombros.

—La verdad es que Verse está algo raro desde hace cierto tiempo. Tiene que pasarle algo. Incluso esto de cerrar unos días es demasiado insólito en sus costumbres. Desde que yo entré a trabajar con él nunca se había tomado siquiera sus vacaciones anuales. Ahora, sin embargo, ya ves.

—¿Y no os ha comunicado qué motivo?

—Naturalmente que no. Qué cosas se te ocurren.

—Acaso, un asunto de faldas —dijo Paul—. Conozco hombres que han perdido completamente la cabeza en cuanto una mujer hermosa ha demostrado quererles un poco.

Trudy negó con la cabeza.

—Mi jefe —aseguró— no necesita a ninguna mujer en estos momentos. Tiene novia y todo demuestra que los dos se quieren de verdad.

Siguieron hablando de una forma intrascendente durante un rato. Luego se metieron en el agua y volvieron a amarse bajo un sol que bajaba ya hacia el horizonte infinito del mar.

Cuando emprendieron el regreso a la ciudad, Paul tenía una nueva idea dándole vueltas en la cabeza.

X

EL inspector jefe de Boston no tenía cara de sentirse demasiado satisfecho cuando Paul Rogers entró en su despacho.

—No progresamos en este caso —dijo—. Ese hombre parece mucho más listo de lo que todos suponíamos.

Paul estaba relativamente cansado de una jornada de baños continuos, por lo que se dejó caer en una de las sillas.

—Vengo de dejar a la secretaria del doctor Verse —comunicó.

—Creo que pierde el tiempo por ese lado, Rogers.

—Es posible —dijo él al tiempo que encendía un cigarrillo—. Sin embargo.

—¿Ha descubierto algo nuevo, algún detalle interesante?

—Nada de particular, pero sí algo que puede tener un significado.

—¿De qué se trata?

—El doctor cierra su clínica por unos días.

El dato pareció, al menos en principio, interesar al Inspector jefe, según demostró al preguntarse a sí mismo:

—¿Después de casi un mes de vacaciones?

—Lo curioso —añadió Paul— es que la chica asegura que es algo completamente insólito el que Verse haga una cosa así. Al parecer, en dos años que ella lleva a su servicio es la primera vez que ocurre.

—¿Sigue, pues, saliendo con la dama? —quiso saber Innecesariamente el inspector.

—Nunca abandono una pista, si me la ha dictado el instinto. Usted sabe cómo soy en casos semejantes.

—Yo considero mucho más interesante a la otra mujer.

Paul Rogers reflejó algo que no pasó inadvertido a su jefe cuando dijo aquellas palabras.

—¿Ocurre algo con la esposa de Margo? —inquirió el Inspector mirándole fijamente.

—Tengo el convencimiento de que es una mujer digna del mayor respeto.

El inspector jefe no había dicho nada en contrario, por lo que encontró extraña la afirmación del agente especial. Contestó con una nueva pregunta, con una que encerraba un doble sentido:

—La otra, esa chica de la clínica, ¿no lo es?

—En absoluto. Fue mía el primer día que salimos juntos y sigue siéndolo. Naturalmente que se trata de una cuestión de trabajo.

El inspector jefe aplastó el cigarrillo contra el fondo del cenicero. Puso luego, junto a su subordinado, una carpeta de papeles.

—Éstos son los informes recibidos en Washington sobre la búsqueda de Dale Margo —dijo cuando ya Rogers comenzaba a ojearlos.

Todo negativo. No era necesario en realidad casi verlos. Dale Margo había desaparecido y nadie vuelto a saber de él. Uno de los casos más misteriosos, dado que habían transcurrido algunos días más de dos meses desde su fuga.

—¿Qué hay de Wincless? —preguntó Paul.

—Todavía no ha terminado el informe. De todas formas, vamos a ver cómo lleva el asunto.

El inspector jefe pidió que viniera el agente por el que preguntara Rogers.

—¿Qué tal, Paul? —saludó a su camarada.

—¿Cómo lleva ese trabajo, Wincless? —inquirió el jefe.

—Prácticamente terminado, señor. Puedo adelantarle ya los resultados.

Tomó asiento cerca de Paul el nuevo agente federal y sacó una libreta de su bolsillo. Unos segundos después de echarla una rápida ojeada, dijo:

—Según estas notas, Goldie Margo ha estado gastando un promedio de dinero superior a lo que parecían ser sus posibilidades cuando su esposo escapó.

—¿En qué proporción?

El agente designado para vigilar esa faceta de la vida de Goldie entregó la libreta a su compañero.

Paul pudo convencerse de que se trataba de un trabajo minucioso y exacto. Las notas de Wincless resumían hasta los menores gastos de la esposa de Margo en las últimas semanas por pequeños que éstos fueran. Recordando el estado económico en que parecía hallarse Goldie cuando él la fue a visitar por primera vez, no cabía deducir sino que había recibido dinero de algún sitio.

Paul devolvió la libreta, evidentemente preocupado. Lo que acababa de descubrir gracias al trabajo silencioso de su camarada era un factor que podía cambiar en cierto modo sus relaciones con la joven esposa del fugitivo. Hasta entonces había creído firmemente, y sobre todo por asegurarlo ella así, que no tenía el menor contacto con Dale Margo. Pero ese dinero gastado, sin ser mucho sí suficiente para establecer que su forma de vivir había cambiado últimamente, daba un nuevo matiz a la cuestión.

Rogers fue el primero en levantarse. En realidad no podían decir nada nuevo en la breve entrevista con el inspector jefe. Todos ellos dependían en gran parte de que Dale Margo fuera hallado en cualquiera de los Estados de la Unión. Hasta entonces tenían forzosamente que limitarse a esperar.

Estrechó la mano de su compañero y saludó al inspector con un movimiento de cabeza. Parecía preocupado cuando salió del edificio donde se encontraba instalada la oficina del

F. B. I.,

en la ciudad de Boston. Y seguía estándolo cuando montó nuevamente en su coche.

El recuerdo de la jornada vivida al lado de Trudy se había desvanecido por completo en su memoria, a pesar de que hacía media hora escasa que la dejara. Trudy no significaba nada en absoluto para él, ni creía que pudiera llegar a significarlo.

Pensaba en otra mujer, en la que calara hasta lo más hondo de su corazón sin que él se lo hubiera propuesto.

Una mujer que debía de estar jugando con fuego, si eran ciertas las notas tomadas por su compañero. Dinero que antes no parecía tener Goldie, dinero que debía de haber llegado a ella solamente desde un sitio, desde una mano.

Hacía cierto tiempo que no la veía, debido a que ella se lo pidió así de una forma demasiado evidente, casi con lágrimas en los ojos. Porque le amaba también, porque sentía hacia él lo mismo que Paul

sentía por ella. Y en las circunstancias en que se encontraba Goldie, siendo como era íntegra, el suyo era un amor prohibido.

Los números que había mirado unos minutos antes no mentían. Los números, se dijo, eran la prueba de que Goldie le había mentado.

Con un brusco viraje del volante cambió la dirección del coche, enfilándolo hacia el norte de la ciudad. Iría a verla, hablaría con ella. No podía hacer otra cosa.

Llegó en pocos minutos debido a que tenía prisa por estar allí y condujo a cierta velocidad.

Era ya noche cerrada cuando paró el coche ante la puerta donde lo hiciera otras veces para esperarla.

Goldie no estaba en casa. Llamó varias veces sin que le contestara otra cosa que el silencio. Insistió en la llamada, tercamente, y todo continuó silencioso dentro del humilde piso.

Se dispuso a esperarla dentro del coche, colocado éste al borde de la acera y enfrente mismo del portal.

Cigarro tras cigarro, Paul llevaba casi fumados una docena cuando, hora y media después, desistió de la espera. Goldie no estaba en casa y Goldie no parecía que aquella noche pensara en volver a su hogar.

Una arruga de preocupación nacía en la frente del agente especial cuando dirigió su automóvil hacia el sitio donde él habitaba.

Después de guardar el vehículo en el garaje de la finca, subió en el ascensor. La luz del pasillo estaba apagada, pero Paul no la encendió estando situada su puerta a pocos pasos de la jaula del ascensor.

Introducía la llave cuando percibió la presencia de una persona a su lado, allí mismo, a dos pasos de él.

El recelo y su costumbre de tener que enfrentarse muchas veces a un peligro inesperado le obligaron a soltar la llave, llevando su mano a la funda sobaquera.

—Paul.

Reconoció, en el susurro que acababa de pronunciar su nombre, la voz de Goldie.

Sin saber bien lo que hacía, llevado por un impulso irresistible, cogió a la joven entre sus brazos, la aplastó contra su pecho y la

besó.

Ella no rechazó esta vez la caricia. Se entregó a ella con angustia, con pasión durante varios segundos. Después, bruscamente, se apartó de él, forcejeó porque él la soltara.

Un segundo después, Paul abría la puerta y la obligaba a entrar. Cuando cerró a sus espaldas, volvió a cogerla, volvió a intentar unir sus labios a los del Goldie.

Ella le rechazó.

—No, Paul; por favor.

Había algo en su voz, en su acento, algo que hizo al agente especial desistir de su empeño.

—Estuve en tú casa esperándote, y pensé que te habría ocurrido algo —la confesó.

—He venido a decirte adiós —fue la inesperada, sorprendente respuesta.

Estaban rodeados de oscuridad, por lo que Paul se acercó al conmutador para dar la luz.

Contempló una Goldie distinta a la que dejara de ver una semana atrás. En el rostro de la joven había ahora una evidente huella de sufrimiento.

—¿Qué te ocurre, Goldie?

Había ansiedad en la pregunta del policía, y Goldie sonrió tristemente.

—Nada —mintió—. Me voy de la ciudad y he venido por eso.

Paul la cogió del brazo para llevarla hacia el interior de la vivienda. Cuando estuvieron en el «*living*», todavía en pie los dos, insistió:

—Hay algo que me ocultas, Goldie.

—Lo siento, Paul. Lo nuestro es imposible, compréndelo.

Seguía aferrada a su criterio de que se debía a un hombre capaz de arrastrarla a algo parecido a un infierno. Seguía pensando que su deber para con aquel hombre, un asesino, un fugitivo de la justicia, un miserable que la había usado para sus propios planes, era sagrado.

—¿No sabes nada de Dale Margo? —preguntó todavía Paul.

Ella parpadeó apenas perceptiblemente al contestar de forma negativa.

De pronto le tendió la mano. Sin duda daba por terminada la

entrevista.

—He venido solo para decirte adiós —repitió.

Paul negó con la cabeza. Y añadió con pasión:

—No, Goldie. No podemos despedirnos así, para siempre, después de habernos conocido. No puedes traicionarte a ti misma.

Se dio cuenta de que la joven hacía esfuerzos para no echarse a llorar.

—Goldie.

Avanzó hacia ella, mirándola fijamente.

—Lo nuestro no puede acabar de esta manera, Goldie. Yo te quiero, sabes que te he querido desde los primeros días de conocerte. Y tú me amas también. Lo veo en tus ojos, lo siento en el calor de tus labios.

—No, Paul. ¡No!

Se desprendió por segunda vez de sus brazos y antes de que el agente especial pudiera evitarlo dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Goldie!

Era demasiado tarde. La vio llegar a la puerta, con la espalda estremecida por los sollozos, abrirla y precipitarse fuera.

Demasiado tarde porque no podía, ni debía, obligarla a aceptar lo que para ella estaba fuera de su norma moral de vida.

La puerta quedó abierta y Paul oyó el taconeo precipitado de la mujer que comenzaba a bajar la escalera.

Encendió un cigarro y se sirvió una copa de licor.

Pensó que debía de haberla retenido, convenciéndola con palabras, incluso a la fuerza. Pero comprendió también que él no era un canalla capaz de forzar a la joven a hacer una cosa que ella consideraba prohibida.

Durante mucho rato permaneció pensando en ella y en la situación en que ambos se encontraban.

Dale Margo no podía tardar demasiado en caer en manos de la Ley. El

F. B. I.,

era demasiado poderoso para que un hombre se burlara del Cuerpo durante muchos meses. Y entonces, Dale sería llevado a la silla eléctrica.

Paul estrujó el cigarrillo que estaba fumando cuando tuvo ese

pensamiento turbador.

Cerró los ojos con fuerza y se despreció a sí mismo. Porque acababa de descubrir que también dentro de su alma había ponzoña y fango.

—No a ese precio —dijo en voz alta—. No al precio de la vida de un hombre.

Quería a Goldie y estaba dispuesto a luchar por conseguir su amor. Pero no podía hacerlo de una forma que después ella tuviera que despreciarle algún día. No de manera que sintiera él también desprecio hacia sí mismo.

Cuando encendía el nuevo cigarrillo, descolgó el teléfono, marcando el número de la División.

Pidió que le pusieran con el inspector jefe, pero éste no se encontraba ya en el trabajo, como era lógico, dada la hora.

Colgó y volvió a marcar un número.

El inspector estaba en su casa y se extrañó que Rogers le llamara entonces.

—El doctor Verse cierra mañana la clínica, como le informé antes —dijo—. Sería conveniente someterle a vigilancia para averiguar a qué piensa dedicar el día.

El inspector gruñó algo sobre las manías que a les daban a sus hombres, pero aceptó la sugerencia y prometió poner un hombre tras los pasos del famoso médico.

Cuando colgó, Paul estaba más tranquilo.

XI

EL doctor Verse se dispuso a salir de la cafetería-bar situado en plena carretera.

El coche estaba dentro del garaje y lleno ya de gasolina cuando él montó, entregando un billete y dejando el cambio en manos del mecánico que atendía a la pequeña gasolinera.

Un cuarto de hora después se encontraba de nuevo en el lugar. Llevó el coche hasta el parador y subió a la habitación que alquilara el día anterior. Se quitó la chaqueta, se preparó un vaso de licor con hielo y se colocó ante la ventana.

En cuanto tuviera ocasión, volvería, a bajar dispuesto a interrogar a aquel hombre. Sabía que era arriesgado lo que estaba haciendo, pero no tenía más remedio que obrar así.

Ni Dale Margo ni su esposa salieron en toda la tarde de la casita que alquilaran días antes en el pueblo. No cabía suponer que lo hicieran de noche en un lugar como aquél, completamente solitario desde las diez o las once de la noche.

Estaba, sin embargo, equivocado. Cuando ya comenzaba a pensar que había perdido el día, vio que el propio Margo salía de la casa, atravesaba el pequeño y descuidado jardincillo y se perdía calle adelante.

No se precipitó para colocarse la chaqueta. El pueblo era demasiado pequeño; en realidad, ni siquiera pueblo, para que el fugitivo pudiera escapársele.

Cuando Verse llegó a la puerta del parador, Margo estaba aún al final de la calle, parado y al parecer indeciso sobre qué camino tomar.

Verse quería entrevistarse con Dale Margo, pero en un sitio elegido por él mismo y en las circunstancias que mejor favorecieran

sus propósitos. Cuando Dale volvió la cabeza hacia la casita donde debía de haber quedado Goldie, el doctor se ocultó rápidamente detrás de un macizo del parador.

La vacilación de Margo duró muy pocos segundos. De pronto, echó a andar, casi rápidamente, hacia el sitio donde parecía dirigir ahora siempre sus pasos.

Completamente seguro ya de encontrarle allí, Verse le dejó que se tomara una buena delantera.

Estaba anocheciendo cuando Verse llegó frente al sitio al cual se dirigiera delante de él Dale Margo. Los últimos pescadores recogían sus aparejos, tomaban el último trago y se disponían a regresar a Boston.

Verse dio la vuelta a los dos barracones que formaban el negocio junto al lago, hasta descubrir que Margo estaba dentro, bebiendo como todas aquellas tardes.

Ningún momento mejor que aquél para hablar con Dale Margo, ya que el fugitivo estaba solo en una pequeña habitación, solo y con una botella de *whisky* enfrente.

Verse se dispuso a entrar.

Cuando se acercaba a la puerta de las barracas, todavía con los pescadores más retrasados ante ella y despidiéndose, tuvo que retroceder inesperadamente. Goldie Margo había surgido de algún sitio y entraba entonces en el negocio.

Volvió a dar la vuelta a la construcción para espiar el encuentro entre ellos a través de la ventana y sin que a él pudieran descubrirle. Porque se ocultó tras los alisos que crecían allí, lo suficientemente juntos para permitirle una vigilancia directa Goldie había entrado ya cuando Verse se colocó en observación. Y estaba discutiendo con su esposo sobre la bebida. Era, al parecer, una mujer enérgica, ya que Dale acabó por obedecerla siguiéndola hacia la salida del establecimiento.

Las pocas palabras escuchadas le dieron la clave de lo que pasaba entre ellos. Dale Margo bebía demasiado.

Comprendiendo que su intento de entrevistarse con Margo había fracasado por aquella noche el doctor se dispuso a regresar al albergue.

Goldie y Dale salieron unos minutos después, encaminándose hacia el pequeño chalet que habían alquilado. Ninguno de los dos

habló durante todo el camino. La noche cerraba ya su oscuridad y los faros de los coches de los pescadores que regresaban a la ciudad se perdían en el horizonte.

Cuando entraren, Dale se dejó caer sobre una desvencijada butaca. Goldie le miró sin odio, sin amor también. Le miró como a un pobre hombre incapaz de encontrar el único camino posible a través de los problemas morales que le aquejaban.

—¿Quieres que te haga café? —preguntó.

Él negó con la cabeza. Necesitaba alcohol, lo necesitaba urgentemente y ella se negaba a dejarle beber.

Los dedos del fugitivo temblaban cuando encendió un cigarrillo.

Estaba nervioso e impaciente; no podría continuar así por mucho tiempo. Volvió el rostro hacia ella de una forma interrogativa.

Se levantó, de pronto, y dio dos o tres zancadas hacia la puerta.

Fue su expresión, fue la llama de desesperación que ardía en sus ojos lo que obligó a Goldie a cortarle el paso.

—¿Dónde vas? —inquirió—. ¿Qué te propones hacer?

Dale Margo se pasó la mano por la frente antes de contestar:

—¿Por qué te preocupas por eso ahora?

Su voz era sombría, llena de una al parecer honda y sincera tristeza.

—Me presenté a ti sin saber quién era, sin saber siquiera si te conocía o no. Y tú me contaste una historia sorprendente.

—No es suficiente motivo para...

La interrumpió con brusquedad, casi con un gesto violento.

—Dices que eres mi esposa y sólo me has dado un poco de piedad. Yo soy un asesino, un hombre condenado a muerte que ni siquiera sabe cómo ha logrado fugarse. Con tu piedad no tengo suficiente. Eres mi mujer y no me amas. La Policía me está buscando. ¡Soy un fugitivo! ¡¡Un fugitivo!!

—Bebiendo no arreglarás tu problema —dijo ella con firmeza, creída que intentaba salir para buscar una botella de licor.

—No iba a beber —aseguró Dale—. Iba... iba a entregarme.

La sorpresa obligó a Goldie a callarse, a no contestar a las palabras desesperadas de aquel hombre.

—Al principio pensé que tenía que averiguar ciertas cosas —siguió él—. ¿Quiénes son los hombres que estuvieron conmigo

durante dos meses, los que me hicieron la cirugía plástica, y por qué me la hicieron, con qué motivo intentaron librarme de un rostro que era demasiado conocido por la Policía? Ahora todo me da igual.

Habían transcurrido dos días escasos desde que Dale Margo recibió de su esposa el relato de la verdad, y ya estaba desesperado, ya se debía de sentir sin fuerzas para afrontar la lucha.

—Dijiste que anhelabas vivir, costara lo que costara.

Dale movió la cabeza, sin afirmar o negar la aseveración de Goldie.

Pero ya no avanzó hacia la puerta. Se dejó caer sobre una silla, completamente abatido.

—No me encuentro con ánimo suficiente para afrontar el hecho de que soy un condenado a muerte fugado de la prisión.

Goldie no le amaba, estaba ya segura de ese extremo, lo supo en el momento en que él apareció en su apartamento de Boston y le reconoció por la voz. No le amaba entonces, ni ahora tampoco. Pese a lo cual sintió algo parecido a un nudo de emoción en la garganta.

Fuera lo que fuera lo que le había ocurrido desde el momento en que se fugó, aquello que los dos desconocían, algo trascendental se había producido dentro de su corazón. Porque no era el mismo hombre, no era el cínico que alegó una inocencia que estaba muy lejos de disfrutar. Ahora, el peso moral de su culpa aparecía como un factor vivo en su ánimo.

Lentamente, Goldie se acercó a él.

—Tienes que recordar todos los detalles que ocurrieron en esa casa —dijo.

—¿Crees que no lo he intentado? De día y de noche no pienso en otra cosa. Había tres hombres y los tres con batas blancas, los tres médicos con toda seguridad. Cuando recobré el sentido estaban allí, mirándome. Tenía la cabeza llena de vendajes y no lograba recordar nada, absolutamente nada de mi propia vida. Cuando empecé a sentirme recuperado me hicieron la cirugía plástica. Eso es todo. Luego, me pusieron una inyección y volví a perder el conocimiento. Lo recobré en medio de una calle. Ya conoces el resto. Eso y todo lo demás te lo he contado docenas de veces en estos dos días, Goldie. Fui hacia ti porque había un papel en mi bolsillo con tu dirección. Y tú juraste que eras mi mujer y me contaste la verdad sobre mi pasado.

La mano de Goldie rozó el cabello de Dale Margo. Sorprendido, él volvió la cabeza para mirarla.

—Dijiste que no me amabas, que no podías amarme después de lo pasado —pareció quejarse.

—Ese hombre —dijo ella—. Le vi tres veces solamente y en las tres estoy segura de que disimulaba su verdadera personalidad. Me aseguró que podría salvarte de la muerte y seguí todas sus instrucciones. Tienes que hacer un esfuerzo. Forzosamente debes de conocerle Alguien que quiere ayudarte, alguien a quien le debes la vida, Dale.

Dale inició un gesto de cansancio. Durante docenas de veces, lo acababa de decir, estuvo pensando en aquel enigma que le envolvía y ante el cual se sentía indefenso.

Goldie comprendió lo que intentaba expresar con su gesto y calló.

Salió de la habitación y se dirigió hacia la cocina. Cuando regresó, unos segundos después, traía una botella de *whisky*. No entera de contenido, pero sí con el suficiente para que Dale Margo pudiera beber unos tragos.

Se la entregó con una tímida sonrisa de comprensión.

—Si realmente esto te alivia —dijo.

Dale recogió la botella y quitó el corcho para beber un buen trago.

—Gracias, Goldie.

Volvió a beber mientras ella se dirigía al dormitorio y encendió un cigarrillo. Pudo escuchar el «frufnú» de la ropa femenina cuando ella se desvistió para acostarse. Durante varios minutos, el fugitivo estuvo vacilando. Luego, de pronto, se levantó y tomó también aquel camino.

No había apagado Goldie todavía la luz. Dale se paró en el umbral de la puerta y la contempló con timidez. Los ojos de Goldie subieron hasta el rostro de su esposo.

Le vio ahora no como un ser malvado, como un asesino. Parecía, algo encogido en su petición muda, en la petición de su gesto y de su postura, una persona desvalida necesitada solamente de un poco de cariño.

Goldie se dijo que sentía algo parecido a la repugnancia física hacia aquel hombre. Se dijo también que era en realidad su esposa.

—¿Lo... lo deseas ardientemente? —Logró hablar claro con un esfuerzo.

Contestó con su gesto, con las arrugas de su rostro, con su expresión, aunque pareció serle imposible hacerlo con la voz.

Goldie le hizo sitio, sin mirarle directamente.

—Ven —dijo tan sólo.

Aquella noche, Dale Margo no durmió demasiado bien. No por las caricias de su esposa, que no existieron en realidad. Goldie se limitó a ceder a sus deseos pero realmente dejó de colaborar en seguida, limitándose a cumplir un mero deber.

La tarde anterior, Dale había llegado a una decisión, y en las horas silenciosas de aquella noche en que acaso hubiera podido encontrar la felicidad, se reafirmó en ella.

Se trataba de un sentimiento, de algo que había nacido dentro de lo más íntimo de sí mismo en el momento mismo en que aquella mujer le reveló la verdad de su vida pasada. Algo que Dale no acertaba a comprender demasiado bien.

Si era un asesino, tenía que pagar su culpa. Goldie le aseguró que en todo momento, incluso después de ser condenado, él había asegurado que era inocente.

Pero eso no contaba. Ahora tenía la sensación de ser ese asesino, de que el tribunal que le condenó tenía razón al declararle culpable. Era algo que estaba en la lógica de las cosas y en un sentimiento íntimo, irrevelado y que provenía de lo que Goldie le contara.

El crimen no era nada especial, nada espectacular tampoco. Una historia vulgar de las que ocurren todos los días y que en este caso había terminado trágicamente.

El, Dale Margo, era amigo de un hombre llamado Herm. Los dos estaban mal de dinero, los dos trabajaban en una empresa de construcciones dedicada a chalets de campo. Un día, Herm recibió una pequeña herencia de una tía que había vivido en Cuba. Total, el suficiente dinero para que intentara independizarse e iniciar un pequeño negocio por su cuenta. Al único que confió sus proyectos fue a Margo. Poco después apareció muerto. Las pruebas halladas en el lugar del crimen acusaban a Dale. Le cogieron y en el juicio fue declarado culpable.

Nada más. Una historia que ahora hacía a Dale Margo sentir vergüenza de sí mismo, sentirse sucio y mezquino. Habiendo

perdido la memoria, sólo sabía esos detalles que le contara su esposa, pero no recordaba naturalmente los motivos que le hicieron declararse inocente una y otra vez.

Debido a que había dormido mal, se levantó bastante tarde. No oyó a Goldie, que solía trajinar por la casa gran parte de la mañana.

Tampoco la vio al buscarla por la casa. Faltaba una bolsa que ella usaba para hacer la compra, por lo que dedujo que habría salido al pueblo.

Tal vez fuera ése el mejor momento para acabar de una vez. Tal vez pudiera entonces salir del chalet para no regresar jamás a él.

Recordaba perfectamente la frialdad que notó en aquella mujer que decía ser su esposa y que posiblemente lo era en realidad.

La mintió la tarde anterior cuando la dijo que pensaba entregarse.

No era eso. No tenía valor para afrontar eso. Estaba cansado, descentrado, perdido respecto a su propia vida. No sabía quién era por sí mismo, sino por lo que ella le quiso contar. Ella que no le amaba, que parecía aceptar su destino, marcado el día en que contrajeron matrimonio.

El dinero que le dejaran los desconocidos se acabaría en muy pocas semanas. Nada parecía atarle a proseguir una lucha en la cual no contaba con la mínima esperanza ni con el mínimo respeto a sí mismo.

Estaba Goldie, pero no tenía tampoco la menor seguridad de que la amara y sí lo estaba sobre que ella le soportaba solamente, habiéndose impuesto sin duda el deber de estar a su lado y cuidarle. Aunque eso también se acabaría con seguridad el cercano día en que no tuviera siquiera el dinero suficiente para comer.

Encendió un cigarrillo y buscó algo en la cocina. Café. Le había dejado un cacharro con café y unas tostadas de pan. Bebió el primero y despreció las segundas.

Se estaba preguntando por qué la habría obedecido cuando ella sugirió aquel sitio para que se escondiera, como fugitivo que era de la justicia, debido a que era un pueblo donde solían acudir los pescadores desde Boston. Ellos alquilaron aquel modesto hotelito con la excusa de pescar. Y en los dos días que llevaban allí, todavía él no se había acercado al lago siquiera una vez aunque sólo fuera para simular una afición que jamás tuviera.

Se puso la chaqueta y salió. Goldie tardaría un buen rato en volver, y para entonces nada podría hacer ya para impedirle que acabara todo aquello de una vez.

No tomó la dirección del pueblo, sino la del lago como si nuevamente fuera allí en busca de unos tragos de *whisky* que aliviaran su tensión nerviosa.

El establecimiento donde solía pasar algunos ratos estaba todavía vacío, acaso porque no fuera un día que iba a recibir muchos clientes. Se dirigió a la barra y se acodó en ella.

El hombre que llevaba el pequeño negocio no le preguntó qué deseaba, sino que puso ante él un vaso y una botella de licor.

No cambiaron una sola palabra y Dale Margo se limitó a beber repetidamente antes de arrojar una moneda y salir del local sin esperar el cambio.

Se dirigió hacia la parte de la arboleda, tan solitaria al parecer como el resto del lugar aquella mañana. No distinguió sino un coche, con matrícula de Boston, pero sin ocupantes. Posiblemente algunos que estaban ya dedicados a lanzar sus sedales al agua.

Había una zona de juncos y matorrales que crecían al borde mismo del lago. Llegó a ella y encendió un cigarrillo.

Durante varios minutos permaneció completamente inmóvil, fijo en el agua.

No hizo ningún esfuerzo por recordar su vida en la etapa anterior a la presente. Sabía que aquellos años habían muerto en su memoria. Sabía de ellos lo que le contara Goldie. Él era un vulgar criminal, un asesino que mató a un hombre por dos o tres millares de dólares.

El cigarrillo se apagó, con una especie de susurro alargado al llegar al agua soltado por los dedos de Margo. Encendió otro y sintió la necesidad de retroceder hasta el local donde se expendían bebidas para los pescadores.

No lo hizo, sin embargo.

La Policía tardaría una semana o diez semanas en dar con él, en encontrarle y en llevarle nuevamente a prisión. Un condenado a muerte. La sentencia sería cumplida inexorablemente.

No tenía miedo a la muerte. Era la lucha de nuevo, el enfrentarse con aquel pasado que le daba casi pavor.

Arrojó lejos la colilla del segundo de los cigarrillos y se inclinó

hacia el agua.

Si al menos aquella mujer, Goldie decía llamarse, le hubiera acogido como se acoge a un ser humano esperado y querido. No era así. Goldie obedecía a un concepto moral al recibirle, al tratar de ocultarle a las manos y los ojos de la Policía.

El

F. B. I.,

andaba por medio. El

F. B. I.,

había sido el que le apresó llevándole a la cárcel y al tribunal que le declarara culpable. El Federal Bureau of Investigaren no tenía, sin embargo, nada que ver con los delitos como el que le aseguraba Goldie que él cometió.

Tenía que haber algo más para que el

F. B. I.,

hubiera intervenido. Algo que él desconocía como lo desconocía todo sobre sí mismo antes de que despertara en una habitación, rodeado por tres desconocidos y con la cabeza vendada.

Tal vez, pensó, había salido del Estado en su intento de escapar a la Ley, dando entonces ocasión a los federales a intervenir en su captura.

No oyó el ruido que algo, o alguien, hacía al meterse entre los matorrales dejados por él a sus espaldas.

Dale Margo se inclinó sobre el agua azul del lago, dispuesto a acabar de una vez con la incertidumbre, con el temor a los días venideros, con todo en fin.

No llegó, empero, a saltar.

Unos dedos, como garras por su nerviosismo y por la fuerza que le asieron le impidieron cometer el absurdo acto que se disponía a llevar a cabo.

Reconoció la voz que vibró pegada a él, a su espalda:

—¿Qué hace? ¿Está acaso loco?

Sólo le soltaron aquellos dedos cuando Dale se volvió hacia el que había hablado. Con el rostro demudado por la rabia.

El hombre que le curara, el mismo que le dejó abandonado en plena calleadlas atrás en Boston.

Fue algo que Dale Margo no sabría explicar después, algo instintivo y superior desde luego a su voluntad. Inesperadamente se

abalanzó sobre el doctor Verse, ciñó sus dedos en torno a la garganta del hombre que le había impedido lanzarse al agua.

No hubo palabras entre ellos.

Dale Margo apretó aquel cuello con todas las fuerzas de que disponía. El doctor Verse emitió unos sonidos desarticulados, rotos, intentando desasirse, deshacer el nudo mortal que se había ceñido a su cuello.

Los dos hombres forcejearon como animales, gruñendo ahora el fugitivo, más débil cada vez Verse porque la presión en su garganta le impedía respirar.

Hasta que el médico sintió como si el suelo cediese bajo sus pies, cómo sus rodillas se doblaban.

Cuando cayó, los dedos asesinos permanecieron todavía crispados sobre el vacío.

Dale Margo miró con estupor el cuerpo caído a sus pies, casi como retorcido a sus pies.

Había sido un absurdo, irracional arrebato de ira. Había sido un impulso asesino que surgió de lo más hondo de su ser. Y le costaba comprenderlo.

Movió la cabeza a ambos lados, como si tratara de negarse la evidencia de su acto. Había pensado matarse y lo que había hecho era matar a otro ser humano, a un segundo ser humano.

Dando traspiés, como si estuviera realmente borracho, se apartó del borde del lago, avanzó hacia los barracones del negocio, distantes un par de centenares de yardas. Cuando llegó, antes de entrar, se pasó la mano por la vista.

Un coche acababa de parar allí. Ni siquiera dirigió a sus dos ocupantes una mirada.

Paul Rogers y uno de sus compañeros eran esos dos hombres. Paul se fijó en Dale, sin reconocerle todavía, y advirtió que algo extraño le pasaba. Cuando el fugitivo entró en el local, el agente del F. B. I.

le siguió de cerca. Pudo escuchar sus palabras, emitidas ronca, dificultosamente al confesar Dale al encargado del negocio:

—He... he matado a un hombre.

XII

PAUL se acercó a la muchacha, se sentó sobre el brazo del sillón que ella ocupaba y pasó su brazo por los hombros femeninos.

Al alzar la cabeza, Goldie se encontró con los ojos del agente especial.

—Ahora todo es distinto, Goldie —dijo.

La joven tuvo que hacer un terrible esfuerzo para que la voz surgiera de su garganta:

—Es terrible.

Sí lo era. Terrible que un hombre llegara a matar a otro. Terrible que la Ley condenara a un hombre a morir.

Tres días antes, Dale Margo había muerto en la silla eléctrica.

—Todavía no lo comprendo —dijo ella.

Paul se incorporó.

—Vamos a salir —dijo—. Necesitas aire libre, necesitas desechar esas negras ideas que se te han metido en la cabeza.

Goldie no hizo nada por incorporarse, por lo que el agente especial la cogió de la mano y la obligó a hacerlo. Según estaba, sin permitirle que fuera al cuarto de aseo o para arreglarse, la llevó hacia la puerta.

Cuando salieron, hizo algo que a Goldie le causó una gran sorpresa. Aunque no dijo nada, no reaccionó. Paul cerró la puerta con llave e introdujo ésta en uno de sus bolsillos.

Habían comenzado a bajar la escalera cuando habló al fin Paul, explicando lo de la llave:

—Nunca regresarás aquí, Goldie. Nunca recalcó.

—Pero mis cosas.

Paul negó con la cabeza, añadiendo:

—Tus cosas son también tus recuerdos amargos.

—Cuando regresemos de cenar te instalaré en mi apartamento. He comprado todo cuanto puedas necesitar y te dejaré dinero para que mañana mismo salgas a equiparte de ropa. Yo, mientras, iré a parar a casa de un camarada.

Goldie quiso protestar, pero un nudo de emoción se formaba en su garganta impidiéndola hablar.

Abajo, en el coche de Rogers, el agente especial abrió la portezuela delantera.

—Pasa —dijo—. Quiero enseñarte algo.

Pero antes de hacerlo, puso en marcha el motor y se alejó de aquellas calles a las que, según afirmara poco antes, Goldie jamás volvería.

Volvió a parar el coche y la mostró un periódico de la tarde. Al entregárselo, dijo:

—El doctor Verse no murió por fin. La Policía ha podido obtener de él una declaración completa.

Goldie abrió la boca, sin que llegara tampoco esta vez a decir nada.

Ahora el asunto está completamente claro. Algo que parece fantástico, si no tuviéramos la evidencia de ello.

—¿Todo aclarado? —Fue cuánto Goldie acertó a decir.

—Sí —repitió el agente especial—. Y todo encaja, ahora que lo sabemos, en las apariencias que conocíamos y en lo que el propio Margo sabía sobre lo que ocurrió. Aparte de eso, los dos ayudantes de Verse han declarado que la confesión del doctor es exacta.

Paul golpeó con el dedo el periódico que todavía sostenía ella.

—Aquí no dice eso, naturalmente. Va a ser una bomba cuando se publique.

Goldie no necesitó instarle a que se lo contara todo. Y Paul lo hizo de forma clara y concisa, sin omitir nada pero sin emplear tampoco palabras sobrantes.

—Algo ha debido fallar en el propósito del doctor —dijo después—. Curioso que Dale Margo sintiera desprecio hacia sí mismo por saberse un asesino. Eso parecía indicar que, en efecto, al extraer los lóbulos Incriminados, la parte de asesino que existía dentro del cerebro de Margo quedó anulada. Sin embargo, su reacción al borde del lago demuestra que sólo había sido dormido eventualmente el instinto criminal de ese hombre.

Era algo demasiado complicado para que ellos pudieran hallar una explicación fácil al problema de medicina, de alta medicina.

—¿Qué dice el propio Verse respecto a eso?

La pregunta de Goldie arrancó una sonrisa a Paul.

—Él, nada —dijo—. Sus ayudantes han revelado que tenía plena fe en la operación y que por ello, y por obediencia ciega al doctor Verse, le ayudaron en una cosa que entraba en lo delictivo. Al parecer, y según esos dos ayudantes, algo falló en efecto en la operación puesto que Dale Margo perdió la memoria. Respecto a los lóbulos extraídos, aseguran que solamente el doctor Verse o sus colegas pueden sacar una conclusión.

—¿Qué pretendía Verse siguiendo a mi... a Dale?

—Comprobar cómo iban las cosas. Su pasión científica le hizo olvidarse de que estaba jugando con fuego. Cuando dejó a Margo en una calle de Boston, abandonado a su suerte, uno de los ayudantes estaba allí para seguirle. Pusieron tu dirección en su bolsillo para efectuar una especie de prueba suprema respecto a su pérdida de memoria. Si no te reconocía a ti, estarían seguros de que esa pérdida era definitiva. Desde ese mismo momento le siguieron a él, y por tanto a ti, hasta el más intrascendente de vuestros pasos. Por ello, Verse supo que habíais partido hacia el lugar de pesca, cerró la clínica y se trasladó allí. Quería volver a hablar con Margo. Quería estar seguro de las reacciones del hombre al que había operado sin importarle el peligro que eso podría suponer para él. Hablando con Margo hubiera averiguado nuevas cosas interesantes puesto que habían pasado bastantes días más y sobre todo respecto a su reacción ante la verdad de su pasado.

—¿De su pasado? —Pareció preguntarse a sí misma Goldie—. Él no había vuelto a recuperar la memoria.

—Pero estaba contigo. Para Verse, el hecho de que los dos vivierais juntos nuevamente era la seguridad de que tú le habías contado la verdad. Verse ha declarado que pensaba convencer a Dale de la necesidad de mantener el incógnito asegurándole un dinero diario si se prestaba a colaborar en los experimentos que haría con él. Estaba convencido de que la situación de Dale era lo suficientemente apurada para ceder en ese aspecto.

—Mantenerle mientras le necesitara —dijo Goldie.

—Manteneros a los dos. Ocultaros y daros para que pudierais

vivir a cambio de seguir de cerca las reacciones mentales de su paciente.

Goldie dijo inesperadamente:

—Ahora sé quién me envió dinero.

Algo pareció abrirse dentro del corazón de Paul Rogers. Aquel detalle, que ni siquiera había pensado discutir con la joven, era como una espina de sospechas clavada en su corazón.

—¿Recibiste dinero? —dijo de la forma más inocente.

—Sí. Recibí quinientos dólares por Correo, en una carta. Yo pensé que me lo enviaba Dale, pese a que creía que había escapado de la prisión sin un centavo. No te dije nada. No podía decírtelo, ya que tú hubieras seguido la pista de esa carta hasta encontrarle. Y yo no podía colaborar en la captura del que era mi esposo.

Era sincera, plenamente sincera y honrada. Paul cogió una de sus manos, la llevó a su pecho y dijo, con voz emocionada:

—Siempre en mi corazón.

Goldie no le comprendió demasiado bien. Aunque tampoco tuvo tiempo para hacerle una sola pregunta. Los labios del agente especial habían cerrado su boca.

FIN

Entre todas las colecciones,
sólo una favorita del público:

RURALES de TEXAS

- ▶ Hombres al margen de la ley.
 - ▶ Fugitivos de la justicia.
 - ▶ Desalmados y criminales.
- y, enfrente, los

RURALES de TEXAS

Exponiendo sus vidas para
imponer a fuerza de coraje y
bravura el dictado de la ley.

UNA SERIE DE NOVELAS DISTINTAS Y MEJORES

Cada argumento, una sorpresa
Cada página, una emoción

*

Es, naturalmente, una publicación de

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García. 17 • MADRID-5



PRECIO DE ESTE VOLUMEN 8 Pesetas



